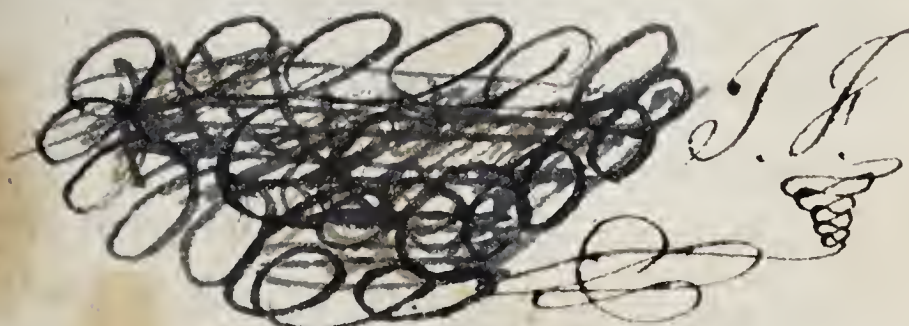


~~EL SOLTERON~~
Y SU CRIADA.

COMEDIA EN TRES ACTOS,
FORMADA
SOBRE LA QUE ESCRIBIÓ EN FRANCES
EL CIUDADANO COLLIN D' HARLEVILLE.

Tercera Edición. Su autor
POR
D. T. G. S.



MADRID

EN LA OFICINA DE D. BENITO GARCÍA, Y COMPAÑÍA.

AÑO DE 1801.

Se hallará en las Librerías de Quiroga, calle
de las Carretas y de la Concepcion Gerónima.

**JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO**

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. BORRAS

N.º de la procedencia

ADVERTENCIA.
LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

867.8
T2553
v.12

El que compáre la comedia francesa de Collin D' Harleville, intitulada le Vieux Célibataire, con la que yo presento al teatro español, conocerá que esta no es una mera traduccion en que se trasladan las bellezas, igualmente que los defectos del original. A la verdad no parece de ellos, ya se atienda á los principios que le constituyen, ya á la distribucion del plan, al desarrollo de la accion, á las situaciones, á los caractéres, al language, &c.

Yo no me lisonjearé de haberlos corregido; pero sí, me atrevo á decir, que sin las alteraciones que he hecho, su representacion no sería tolerable. Por eso he variado en parte el plan de comedia francesa, he invertido el orden de muchas scenas, he suprimido algunas, he colocado otras nuevas, he mudado costumbres y caractéres, ó avivando algunos de sus rasgos, reformándolos en sus mismos principios: en fin

he alterado la colocacion, y aumentado el interés de diferentes situaciones, he añadido viveza á todos los diálogos, mas colorido language, &c.

Sería prolixidad inútil el analizar, y confirmar cada una de estas mutaciones, que deben exâminarse despues de la lectura de las piezas. Mi objeto principal ha sido indicar de léjos la senda que deben seguir los traductores del teatro: bien que nunca tendré por tonto á los que sin ningun conocimiento de los idiomas, ni de la materia que traducen, no hacen mas que desfigurar las graçias, y conservar monstruosidades de los originales.

El éxito de esta pieza puesta en espectáculo tampoco probará nada contra las razones que no animáron á emprehender semejante trabajo. Y yo desconfio ya tanto del juicio del público espectador, que ni sus vituperios me harán estimar mi obrita, ni sus aplausos mirarla con mas aprecio.

ACTORES.

DON ROQUE, viejo solteron. SEÑOR VICENTE
GARCIA.

DON JACINTO, su hijo natural, baxo el nombre
de Carlos. SEÑOR BERNARDO GIL.

DOÑA FELISA, ama de gobierno. SEÑORA AN-
DREA LUNA.

AURA, muger de Jacinto. SEÑORA MARIA
GARCIA.

DON AMBROSIO, mayordomo. SEÑOR RAFAEL
PEREZ.

ORGE, portero. SEÑOR TOMAS LOPEZ.

JULIANITO, niño de siete años, hijo de JON
SEÑOR JOAQUIN GARCIA LUNA.

La Scena es estable en Madrid, en el quar
de Don Roque.

ACTO PRIMERO.

SCENA PRIMERA.

Jacinto, poniendo en órden los muebles del aposento de Don Roque.

Jac. Ya está vestido. Arreglémos,
del modo que ayer estaba,
su aposento... ¡Ah! ¡padre mio!
¡si la humillacion amarga
que tu hijo infeliz padece,
un dia te presentára
las pruebas de su inocencia,
contra la calumnia insana!
¡si conocieras que solo
el amor filial le manda,
y no el interés, servirte
con tanto afan y eficacia!...
¿pero quién viene aquí?... ¡Jorge!

SCENA II.

Jacinto y Jorge.

Jorge. Gracias á Dios, que se os halla
solo una vez, Don Jacinto...

Jac. ¡Imprudente! ¿no reparas
que nombrándome me pierdes?

Jorge. Voto á... perdonad... ¡mal haya
mi memoria!

Jac. ¿No te acuerdas
de que aquí Cárlos me llaman?

Jorge. Me acuerdo, y mucho me acuerdo;
pero tambien se me pasa
á veces: no os enfadeis:

le doy á vm. mi palabra,
que no se me olvidará
aunque dos siglos pasáran.

Vaya ahora que estamos solos;
hablad, decid sin tardanza:

¿en qué estado va el asunto?

¿lograis ya la confianza
de nuestra ama de gobierno,
y de Don Roque la gracia
se ha podido adelantar?...

Jac. Aun mas de lo que pensaba;
sin embargo, yo no vivo
satisfecho hasta que Laura,
mi querida esposa, logre
introduccion.

Jorge. Pues contadla
por segura.

Jac. ¡ Ah! ¿ y en qué forma?
¿ baxo qué título? ¡ cuánta,
cuánta amargura esta idéa
en mi corazon derrama!

¡ Nosotros aquí sirviendo,
confundidos en la casa
de mi padre entre la clase
mas humilde!

Jorge. Sí: es desgracia,
no hay duda: ¿ mas por ventura,
servir á un padre es infamia?

Era forzoso sufrieseis
para que se vindicára
vuestra justicia; y repito
que es grande fortuna el que hayais
conseguido entrar tan pronto.

Luego, vuestra esposa Laura,
va á entrar tambien, pues ayer
me dixo aquel camarada,
amigo del mayordomo,
que hoy enviaria la carta
que se necesita.

Jac. ¿ Quándo
podré fidelidad tanta
recompensar?

Jorge. ¡ Uh! esto no es

por interés, ni jactancia:
 yo sí que nunca podré
 pagaros el bien, que mi ama
 y madre vuestra me hizo.
 Ella me amparó en su casa
 desde que era tamañito;
 si Jorge es honrado, si ama
 la verdad, sabed que es obra
 de su exemplo y su eficacia:
 á vm. le ví yo nacer,
 y desde su tierna infancia
 me le encargó, hasta que entrambos
 padecemos la desgracia
 de ver su muerte.

Jac. ¡Ay! ¿por qué,
 porque tan presto la parca
 la arrebató á mis caricias?

Ella murió con la amarga
 pena de dexar un hijo
 abandonado á la gracia
 de un hombre, que aun en secreto
 no quiso esposa llamarla.

¡O! ¡dulce madre! previas
 de tu hijo la suerte infausta,
 quando cubierta del velo
 de la muerte, estas palabras

me dixiste, que por siempre
 impresas tengo en el alma:
sé de las virtudes hijo,
si nadie hay que se complazca
en darte tan dulce nombre.

Enternecido.

Jorge. Señor, ¡por Dios!... no se trata
 de lo pasado... advertir,
 que aunque haya sido contraria
 hasta hoy la suerte, ya el cielo
 un nuevo rumbo señala.
 Murió vuestra madre; es cierto,
 y vm. expuesto quedaba
 al furor de la calumnia;
 mas tambien luego me manda
 Don Roque venir, y así
 descubro toda la trama;
 reconozco su carácter
 y sus opiniones raras;
 en fin me ocurre escribiros,
 ¿y cuándo? quando os hallabais
 tal vez ya desesperanzado:
 seguís al punto mis trazas,
 venís de incógnito, veís
 de cerca las asechanzas,
 se proporciona el que venga

vuestra esposa de criada;
 y para el último golpe
 ya es muy poco lo que faltá.
 ¿Es esta poca fortuna?

Jac. Tienes razon.

Jorge. Pues constancia;
 y por lo demas contad
 que esa juventud lozana,
 y esa modestia, os harán
 dueño de la confianza
 de Doña Felisa: y ¡ola!...
 no sé qué decir... madama
 tiene gusto.

Jac. ¡O! te diré..

lo mejor se me olvidaba:
 ayer á solas conmigo
 tuvo una sesion muy larga,
 ponderó sus buenas prendas,
 habló mucho de las varias
 penas que sufre sirviendo;
 y al fin añadió se hallaba
 afligida, por no haber
 una persona sensata
 á quien descubrir pudiese
 los secretos de su alma:
 yo la apuré de manera,

que pienso que esta mañana,
segun ella dió á entender,
vendrá á decirme...

Jorge. ¡Caramba!

¿no lo digo yo? ¡Guardáos
si esas indirectas paran
en haceros una tierna
declaracion!... mas son vanas
mis sospechas; no es posible
que la niña se olvidára
de su interés: ese Ambrosio,
que vino á ocupar la plaza
de su difunto marido,
la ronda mucho y la halaga,
y ella se muestra mas dura
que una piedra; no le agrada
la juventud.

Jac. Así pienso.

Jorge. Y yo pienso que en el alma
os detesta el tal Ambrosio.

Jac. No es mucho, quando maltrata
aun á su señor: á mas,
si en mi conducta repara,
acaso teme algun dia
perder por mí su privanza.

Jorge. Y lo teme con razon;

pues Don Roque se declara
á favor de vm.

Jac. Mas dulce
es para mí esa esperanza,
que la de su herencia. Sea
qual hijo ó sirviente; nada
me importa, con tal que pueda
merecerme al fin su gracia.

Jorge. ¡Que esos sentimientos reinen
siempre en Cárlos!

Jac. Siempre en mi alma
reináron, *Jorge:* tal vez
algun tiempo la desgracia
los amortiguó; mas luego
viendo que un padre me ama,
sino con nombre de hijo,
como criado, su llama
renació con mas vigor,
y nunca será apagada
en mi pecho. He conocido
que el tiempo jamás alcanza
el remedio á nuestros males,
si hasta el fin de la jornada
la virtud no nos sostiene.

Jorge. Ya para el fin poco falta,
porque en breve vuestra esposa

va á dar... ¡Ola! ¿qué buscaba
Julianito?

SCENA III.

Dichos, y Julianito con una carta en la mano.

Jul. ¿Quién? ¿yo, padre?

Jorge. ¿Qué es eso?

Jul. Me dió esta carta *Se la entrega á Jorge.*

mi primo Pasqual, y fuf,
sin hablarme mas palabra
se marchó; pero me voy
yo tambien, que si asomára
Don. Ambrosio, reñiría.

Vase.

SCENA IV.

Jacinto y Jorge.

Jorge. ¡Qué diablos será esta carta!
¿me permitis?...

Jac. Sí: ábrela:
¿en qué te detienes?

Jorge. ¡Vaya! *Despues de haberla abierto.*
¿si es cabalmente el socorro,
que ya impaciente aguardaba!
Es la recomendacion

para vuestra esposa Laura,
de aquel amigote mio,
que conoce mucho al maula
del mayordomo.

Jac. ¿Y qué dice?

Se la entrega á Jacinto.

Jorge. Leedla, y ved como prepara
la suerte un feliz suceso
despues de tantas borrascas.

Lee.

Jac. "Amigo Ambrosio: he sabido que buscaba
"una sirviente jóven para segunda de vuestro
"ama de gobierno, y os envio una persona ex
"celente para el caso en la dadora de ésta: si
"duda quedaréis contentos con ella; es bien na
"cida, juiciosa y dócil: y podrá perfeccionars
"baxo la direccion de Doña Felisa. Tuyo sien
"pre, Torres."

Jorge. Este es el último lance
de ventura; por criada
se le introduce la nuera.

Jac. El cielo por fin se apiada
de este infeliz.

*Se guarda
la carta.*

Jorge. Y creed,
que al momento queda en casa
con tal recomendacion.

Jac. Lo espero así: tú derramás
 en mi corazón un gozo,
 que hasta hoy ¡mísero! ignoraba.

En viéndola mi buen padre,
 en escuchando aquella habla
 de virtud y de dulzura,
 no puede ménos de amarla.

¿Tú no la has visto?

Jorge. Sí tal.

Jac. Quizá habrás visto sus gracias,
 todo su encanto; mas ¡ah!

no conoces aquella alma
 de bondad, que de la mía
 fué señora soberana

á la vez primera. Escucha,
 (ya que hoy la paz y la calma
 te debo) de mis amores

la historia sencilla y grata.

Tú sabes que abandonado,
 mísero, solo en mi patria,

despechado me alisté

soldado. Mi vigilancia

en el servicio, mi buena

educación, y una rara

madurez, único fruto

de mis primeras desgracias,

me ganaron el favor
de mis Xefes. Ya empezaba
á gozar algun reposo,
quando por dicha me mandan
ir á Cuellar de bandera:
llego al pueblo, y me señalan
alojamiento en la pobre
choza de la hermosa Laura,
á tiempo que perseguido
de la avaricia inhumana
de un acreedor poderoso,
su anciano padre esperaba
su víctima ser. El llanto
que en su afliccion derramaba
esta virtuosa familia,
despedazó mis entrañas:
pago su deuda y alivio
su dolor: todos me abrazan,
todos á una voz de hermano
y de hijo el nombre me daban.
¡qué placer! Nada en el mundo
desde aquel punto envidiaba.
Yo no pude mucho tiempo
resistir: mi ardiente llama
declaré á Laura, y en breve
ante el altar nuestras almas

eterno amor se juraron.
Sus padres, ya de abanzada
edad, muriéron á poco;
y obteniendo sin tardanza
mi libertad, el cultivo
del campo nos sustentaba.
Sin opulencia y sin ocio,
¡quál mi afanar suavizaba
mi adorable compañera!
¡quál entre inocente calma
se deslizaban mis dias!
Tal era, quando una carta
de tu amistad me previene
por menor todas las causas
de mi abandono. El estado
de mi padre, que me odiaba
engañado, mi inocencia,
la justicia, todo clama
que me vindique. En efecto,
solo con mi esposa amada,
vengo á Madrid, y mudando
las señas de nombre y patria,
entro á servir á los mismos
que me persiguen: ¡y tanta
es la fuerza del malvado,
que tímida y desolada,

aun para hablar la virtud
 la ocasion del vicio aguarda!
 Si para mí no la alcanzo,
 si por fin miro frustradas
 mis esperanzas, ¿qué habrá
 que mi dolor satisfaga?
 ¿qué es de la justicia? ¿dónde
 es la verdad respetada?

Jorge. Sosegaos, que ahora conviene
 el disimulo y cachaza.

Jac. ¡Quánto padezco en fingir!

Jorge. Pues tambien me repugnaba
 á mí al principio; y á fé
 que viendo las circunstancias,
 he aprendido ya á fingirme
 ciego, quando esta canalla
 robando está á vuestro padre.
 Fuera de lo que regala
 la cocinera, que es linda
 espigadera, nuestra ama
 siega de primor, y coge
 dinero y papel sin tasa.
 El Don Ambrosio ha comprado
 una magnífica casa;
 vm. que tiene talento,
 discorra cuya es el arca

de donde salió su importe:
 todos los días la alhaja
 con un mueble nuevo; y otro,
 todos los días nos falta,
 de suerte que en poco tiempo,
 si prosigue, nuestra casa
 quedará sin mueble alguno,
 quando la otra esté amueblada.

Jac. Si al ménos le hubieran hecho
 feliz, yo les perdonára
 su exceso; mas no contentos
 con robarle, se adelantan
 á oprimirle: ¡Triste anciano!
 hecho ya á la tolerancia,
 devora en secreto el llanto
 que sus pesares le arrancan.

Jorge. ¡Pero tate!... no hay remedio:
 Doña Felisa se clava:
 ahí sale ya, y con semblante
 de pedir mercedes.

Jac. Calla.

SCENA V.

Dichos y Doña Felisa.

Jac. Señora, besoos los pies.

Jorge. A la obediencia, madama.

Fel. ¡O! buen día, amigo Cárlos...

¿qué haces aquí?

A Jorge.

Jorge. ¿Quién yo? nada:

estabamos conversando

sobre las cosas de Italia,

Alemania, Francia, Europa...

Fel. Está bien; pues ahora marcha

á conversacion á baxo.

Jorge. ¡He! solo á mí me regañan,

y él sin cesar está hablando

de vm.

Fel. ¿Y de mí qué hablaba?

Jorge. Que pareceis cada dia

mas jóven, y mas gallarda.

Fel. Cárlos es muy fino, y usa

de expresiones delicadas;

pero tú te vales de ellas

para adularme. Vé y guarda

la puerta.

Jorge. ¡Yo adulator!

Fel. Y á ninguno des entrada

sin avisarme.

Jorge. Está bien.

Fel. Si viniere alguna carta

entregámela.

Jorge. Por hoy...

es regular que no la haya.

Fel. No importa: acuérdate bien de todo.

Jorge. Muger mas falsa *Aparte yéndose.*
no la habido jamas desde
que hay mugeres en España.

SCENA VI.

Jacinto y Felisa.

Jacinto continúa arreglando el aposento, y en
tretanto Doña Felisa en el extremo opuesto, l
mira con mucha agitacion, y miéntras dice s
monólogo manifiesta á un mismo tiempo des-
confianza, firmeza y temor.

Fel. Ya es forzoso decidir:

si mas tiempo se dilata

mi proyecto, es muy posible

que la suerte trastornára

en un punto tantos años

de afan y de vigilancia.

Y no hay duda, Cárlos es

el mas seguro: de él nada

recelaría Don Roque,

y yo sé que interesará

su corazon si le hablase

de mi amor con eficacia.

¿Mas qué le diré?... ¿si acaso de mi conducta se extraña?...

¿y qué ha de extrañar? tambien quando él sirve, solo trata

de mejorar, como todos, su fortuna... ¡qué agitada

me siento!... por otra parte yo le soy muy necesaria,

para que pueda negarse; es discreto, le acompaña

la prudencia: ayer al verme suspirar, se me mostraba

muy sensible... no hay remedio, digno es de mi confianza;

y conviene aprovechar el tiempo... Cárlos, palabra.

Se sienta en el camapé, y Jacinto llega.

Jac. Mandad, señora.

Fel. Yo quiero me digas ¿cómo te hallas?

¿estás contento?

Jac. Lo estoy tanto, que casi juzgára

que estaba en mi casa propia.

Fel. Sé siempre el mismo; y tu honrada

conduca te ofrecerá
 cada vez nuevas ventajas:
 parece que con agrado
 te mira Don Roque.

Jac. Gracias
 á vuestra bondad.

Fel. Es cierto:
 merezco su confianza.

Jac. Fruto es de vuestro talento
 y experiencia.

Fel. Si en mí alabas *Suspirando.*
 esas qualidades, sabe
 que son de mis males causa.

Jac. ¿Vuestros males? yo no entiendo...

Fel. ¡Si supieras!... ¡pero incauta!
 ¡qué iba á decirte!...

Jac. Señora:
 lo conozco: mi humillada
 situacion no corresponde
 á mi voluntad; no alcanza
 á aliviarnos...

Fel. Es posible
 que alcanzase; y si tan ardua
 empresa no fuese hallar
 uno, que se interesára
 en mis desdichas, que fuera

buen amigo, no dudára
en elegirte.

Jac. Dichoso.

si complaceros lograba.

Fel. Y ciertamente, á tí mismo

no te es ménos necesaria

una persona prudente,

á quien tu pecho se abra.

Eres dócil y discreto,

y no pareces en nada

ser criado...

Jac. No lo soy:

y un tiempo tengo esperanza

que lo conozcais.

Fel. A mas, mi recompensa...

Jac. Me basta

por premio el saber que os sirvo.

¡Ah! no dudeis: aguardaba
desde ayer con impaciencia
esta ocasion: vuestras raras
prendas, vuestro dulce genio;
todo en vos, señora, manda
complaceros: ¡no dudeis!...

mas si quizá os desagrada

Cárlos, jamas descubrais...

Despues de haber mirado á todas partes, suspira profundamente, se levanta, toma la mano de Jacinto, y la aprieta con entusiasmo.

Fel. No, amigo: mi confianza en tí depósito.

Jac. Hablad.

Fel. Quince años ha que encerrada vivo aquí, sin otro premio que servir... Mira si basta para que erigirme deba por señora de la casa.

Jac. Es justicia.

Fel. Mi difunto y yo no dexamos nada que hacer de quanto pudiese cumplir mi justa esperanza. De la vista de Don Roque alejamos sin tardanza á los parientes, amigos, y á todos quantos trataba: mas de repente mi esposo me faltó en las circunstancias mas críticas: quedé sola para la empresa mas ardua, que era contrastar un hijo...

Jac. ¿Un hijo? ¿de quién?

Fel. No alcanzas

este misterio. Don Roque,
solo por extravagancia,
nunca se casó, aunque era
amante de cierta dama
principal de la que tuvo
este hijo, que hoy es la causa
de mi mal. Ella murió...

Jac. ¡Ay de mí!

Aparte.

Fel. ¿Qué es eso?

Jac. Nada. Proseguid. . .

Fel. Ella murió

en Valladolid su patria,
mientras él vino á la corte
á negocios de su casa.

Aquí ausente confirmó
sus caprichos; é informada
por él mismo del asunto,
califiqué de inconstancia
la reserva que en la ausencia
su buena amiga guardaba,
y sus sinceros deseos
de cubrir con una santa
union los yerros pasados,
los pinté como asechanzas

para oprimirle, y despues
 vivir libre y descuidada:
 por último, entre mi esposo
 y yo logramos con maña,
 que su amorosa pasion
 á indiferencia pasára.

Tac. ¿Pero el hijo?

Tel. Escucha. Apénas
 de aquella molesta carga
 se vió libre con la muerte,
 fixó ya en Madrid su estancia,
 y por direccion de Ambrosio,
 trocó el comercio en labranza.
 Entónces formó el proyecto
 de llamar al hijo para
 educarle aquí á su lado.
 ¡Quánto costó el que mudára
 de plan, y en Valladolid
 le dexáse!

Tac. ¿Y por qué causa
 intentabais disuadirle?

Tel. Pues, si á su lado mirára
 un objeto tan querido,
 como un hijo, ¿qué esperanzas
 nos quedaba? y á mí, á mí,
 ¿qué fruto despues de tantas

y tan contínuas fatigas?

Jac. Sí: la consecuencia es clara.

Seguid.

Fel. Al fin le mostré

que sería ménos cara
allí su manutencion,
que en Madrid; que aquí abundaban
las distracciones, capaces
de viciar la edad lozana
de quince años, y además
de este modo preparaba
á su vejez mil cuidados:
me creyó al punto, y me encarga
el cuidar de su asistencia.

Jac. Así era vuestra la plaza.

Fel. Aun no. Le hice despedir

los criados que quedaban
de su madre: solamente
el que hoy es portero en casa
se exîmió; mas logré pronto
que Don Roque le llamára,
con pretexto de que allí
era inútil. Su llegada
me dexó ya libre el campo
para la empresa mas ardua;
pero segura. Debiendo

suministrarle sin tasa
 sus asistencias, discurre
 si serían limitadas
 por mi mano. Con efecto,
 puesto ya en las circunstancias
 de mendigar, sin poder
 ni aun quejarse, sentó plaza.
 Tanto acriminé esta accion,
 que ya Don Roque pensaba
 desheredarle. Despues
 se animó á escribir dos cartas
 pidiendo perdon: mas yo,
 lo mismo que las pasadas,
 las oculté.

ac. Precauciones

muy precisas y acertadas.

el. En público no he leído
 sino tres; pero glosadas.

Al fin se ha perdido él mismo
 por una aventura extraña.

ac. ¿Cómo?

el. Sin dar parte al amo
 se casó.

ac. ¿Pues en sus cartas
 no lo decia?

el. A lo ménos

Don Roque no supo nada
 hasta que yo le informé
 de la boda, y la muchacha,
 pintándola qual si fuera
 una aventurera, vaga,
 incógnita, miserable.

Entónces el viejo en rabia
 y cólera se enfurece:
 maldice al hijo, y nos manda
 que nunca mas se le nombre.
 He aquí de acciones tan varias
 el suceso.

Jac. ¿Y ya qué resta?

Con tono de dolor y abatimiento.

Fel. Mucho, Cárlos, mucho falta.

Oye el último secreto
 que mi corazon guardaba.

Ya ves que pueden salir
 todas mis fatigas vanas,
 sino le estrecha conmigo
 una obligacion... ¿No alcanzas
 todavía mis idéas?

Jac. Aun no: ¿pero qué embaraza
 vuestra franqueza? decid.

Con viveza é interés.

Fel. Si conmigo no se casa,

¿viviré segura, Cárlos?

Jac. ¿Con vos? ¿el amo? Arrojada
es la empresa ciertamente.

Fel. Es forzoso el acabarla.

Jac. ¡Qué! ¿ya la habeis comenzado?

Fel. Muchos años ha que cauta
voy preparando su pecho.

Le hago pinturas muy gratas
del himenéo: le leo
novelas de amor, que encantan
sus sentidos, y en los lances
mas tiernos hago una pausa
para dar lugar á que
en ellos se embeba su alma.

Sabe tambien que el motivo
por qué yo hice que llamára
á Jorge, fué solamente
el que siempre presenciára
la escena de dos esposos
que felices se idolatran.

Las inocentes caricias
de su hijuelo, que no pasa
de siete años; sus juguetes,
todo excita su apagada
imaginacion; y así
su pecho á amar se prepára.

Mas para rendirle, ahora tu persona es necesaria.

Jac. Mandad con franqueza.

Fel. Observo,

quando el amo se levanta, que gusta de hablar contigo:

¿qué ocasion mas apropiada para hablarle del asunto?

Le insinuarás que se halla muy aislado: que sería feliz si encontrar lograra una amable compañera.

Entónces á hablarle pasas de mi persona: { que en parte

conservo todas las gracias de la juventud, unidas á la madurez sensata

de mi edad. En fin, ya ves, me mantengo fresca, sana,

y mi presencia. } y Tambien

añadirás, si te agrada,

que al principio me tuviste por su esposa, no por ama.

Jac. No os canseis mas; quedo ya impuesto.

Fel. En una palabra:

tienes talento, y descuido
en tí.

Jac. Vivid descuidada.

Fel. ¿Con que me entiendes?

Jac. Repito

que vivais asegurada

de que yo haré lo que hicierais

vos misma en mis circunstancias.

Fel. Pues vive tambien seguro,

que la recompensa...

Jac. Basta.

Me ánima interés mas puro.

Fel. El amo ya sale: calla.

SCENA VII.

Los dichos y Don Roque.

Roq. Buenos dias... ¡O señora!

no reparé que ahí estabais.

Fel. ¡Amo mio!

Roq. ¡A Dios, amigo

Cárlos.

Jac. ¡Señor!

Fel. O me engañan

mis ojos, ó está vm. triste.

¿Pasasteis acaso mala

noche?

Roq. No, amiga.

Fel. Será

apariencia; mas jurára
que estaba ayer mas risueño
vuestro semblante.

Roq. Pues raras

son las veces que la risa
se vé en mi rostro.

Fel. Apostára

que de ese hijo tan perverso
vuestra tristeza dimana.

Roq. Su imágen de mi memoria
un instante no se aparta.

Esta noche le ví en sueños.

Fel. ¿Y por qué no desecharlá?

¿No conoceis que no intenta
mas que labrar vuestra infamia?

Señor, olvidarle, y ved
de cuidaros.

Roq. ¡Ah! mi alma

puede aborrecerle, sí;
mas no olvidarle.

Fel. ¡Qué gana

teneis, señor, de affigiros!

Cárlos, Ambrosio y yo, nada
querémos mas que agradaros.

Sin salir de vuestra casa
tendréis en nosotros hijos,
parientes, amigos... ¡vaya!
sosegaos... ¡quánto siento
dexaros!... pero me llama
la obligación de servirlos.

Roq. ¡Cómo ha de ser!

Fel. Que no salga

Cárlos, y os divertirá.

Jac. ¡Felice yo, si lograra
sucederos dignamente!

Al irse por lo baxo á Jacinto.

Fel. Acuérdate de la trama.

Vase.

SCENA VIII.

Don Roque que se sienta cerca de la mesa,

y Jacinto.

Roq. ¡Qué digna muger es ésta!

¡quánto en cuidarme se afana!

¿No es verdad?

Jac. Señor, en eso

pienso que á nadie aventaja.

Jac. ¡O! tambien estoy contento
contigo.

Jac. Si alguna falta

me advertis en los principios,
sabed que es involuntaria.

Roq. No, yo no advierto ninguna.

Jac. Siempre es mayor la eficacia
de un criado, quando sirve
á un amo á quien idolatra.

Roq. Yo no sé que es; me penetran
el corazon tus palabras,
aunque no quiera, me hacen impresion.

Jac. ¡Si ellas bastáran
á segurarme algun dia
vuestra ternura!

Roq. Sí bastan.

No sé por qué, tu presencia,
tu conversacion me encanta;
solo contigo estoy bien.

Jac. ¡Ah! ¡si pudierais ver cuánta
es mi dicha en agradaros!

Roq. Mil penas, amigo, agravan
mi corazon: necesita
desahogo. Corro con ansia
toda la naturaleza,
y en toda ella no se halla
un amigo, en cuyo seno
pueda mis penas amargas
depositar.

Jac. ¿Qué decís?

¿penas?

Roq. ¡Ay! tú me juzgabas *Se levanta.*
por feliz, y no lo soy.

Jac. ¿Pero quién imaginára?...

Roq. Ya me ves: aquí en la tierra
solo, falto de esperanza...

Jac. ¿Solo?

Roq. Sí, amigo; yo vivo *Enternecido.*
aislado... ¡ó Dios! ¿por qué causa
en mis años florecientes,
ó luego quando escuchaba
libre mi razon, porque
me negué á la union sagrada
que me hubiera hecho feliz?

Jac. Virtud sola es la que traza
nuestra dicha, y no hay estado
en que ella mas sobresalga,
que en el vuestro.

Roq. Sí: en el mio
es feliz el que le abraza
por virtud, no por capricho.

Jac. Yo pienso que no sin causa
renunciasteis al consorcio.

Roq. En parte no era infundada
mi opinion. El himenéo

es cadena muy pesada.

Yo apartado de mis padres desde la mas tierna infancia, tuve ocasion de observar por mí mismo sus infaustas conseqüencias. Inconstantes, vanas, infieles, falsarias las mugeres, ¿á qué males no dan origen? Quien ama sus gracias por mucho tiempo, es infeliz. Yo encontraba muchas humildes, honestas en lo exterior, y en su casa eran eterno tormento de un esposo.

Jac. Perdonad, si es á la vuestra contraria mi opinion. La esclavitud de himenéo es la mas grata, entre todas las que al hombre en la sociedad enlazan; si una esposa amable...

Roq. ¿Y qué?

¿es posible el encontrarla?

Jac. Sí señor: hay infinitas sencillas, y moderadas

en sus gustos, recogidas,
que su ventura señalan
en la de su esposo.

Rog. Yo
tengo experiencia muy larga
en contrario.

Jac. Confesad
que tal vez las que tratabáis
mas de cerca, no serían
las de mas virtud.

Rog. ¡Qué vanas!
¡qué mudables! ¿y en tal sexò
nuestro pundonor descansa?

Jac. Y si tan débiles son,
¿para qué en tan fragil basa
apoya su honor el hombre?
El es, él es quien quebranta
sus misma leyes. Un padre
muy solícito se afana
en educar con acierto
un hijo, y no cuida nada
de la educacion de una hija,
que luego á ser se prepára
una madre de familias.

Los mismos que la acompañan,
fomentando su amor propio,

acrecientan su ignorancia,
 su indolencia y su altivez.
 He aquí de dónde dimanán
 sus defectos; ¡y cuán leves
 son, señor, si se comparan
 con los nuestros!

Roq. Pero, bien.

Quiero suponer que haya
 algunas buenas, y que éstas
 siempre nuestra dicha labran.
 Con todo, ¡quántos cuidados
 nos cercan al que se casa!

Jac. Cuidados inevitables,
 que siempre al hombre acompañan,
 estos en retorno ofrecen
 mil placeres, y no agravan
 el corazón.

Roq. Yo no entiendo...

Jac. Pues si una amiga repára,
 y alivia nuestros quebrantos,
 ¿qué será una esposa amada,
 nuestra eterna compañera,
 amiga amorosa y franca,
 que un mismo interés la estrecha
 á nosotros, que no aguarda
 para gozarse otro bien

que el nuestro, ni otra desgracia para sentir? Comparad

los desvelos que nos causa una familia, que es propia, con los de una mercenaria, que muy poco cuidadosa de nuestro bien, solo trata de su provecho.

Roq. Es verdad.

Eso es lo que á mí me pasa.

No dudo que mis criados me estiman; mas se propasan tambien conmigo.

Jac. En efecto.

Roq. Ya ves, esto me traspasa el corazon. Muchas veces, avergonzado de tanta condescendencia, he querido sacudir tan dura carga, y he cedido al fin. A Ambrosio le despedí veces varias, y le he vuelto á recibir, porque, aunque es extraordinaria su viveza, él es honrado, y hombre de bien: aun el ama, Doña Felisa, conmigo

algunas veces regaña,
 y quando mas enfadado
 prorrumpo yo en amenazas,
 ella calla, muda el tono,
 dexa pasar la borrasca,
 y... ¡soy muy débil! despues
 con mas libertad me manda.

Jac. Lo conozco.

Roq. ¿Y qué ha de hacer
 una persona privada
 de amigos ¡ah! y de parientes?...
 Uno tengo; ¡mas qué amarga
 me es su memoria!

Jac. ¿Un pariente?

Roq. Mira, renuevo las llagas
 de mi dolor... déxame.

Jac. Tal vez, señor, os distraiga
 el confiar...

Roq. No es posible:
 no hay consuelo que me valga
 en mis males: déxame.

Jac. Perdonad.

Se sienta y toma un libro.

Roq. Solo estos calman
 mi tormento.

Jac. ¡Ay Dios!... ¿qué aguardo? *Aparte.*

¿Si me permitís que salga
á una diligencia?...

Roq. Sí;

pero vuelve sin tardanza,
y dile á Jorge que suba
á acompañarme: me agrada
el sosiego, pero no
la soledad.

Jac. No hará falta.

*Dice los siguientes versos aparte, mientras
Don Roque se pone á leer.*

¡Infeliz! No viviré
si un momento se dilata
su desengaño, si un punto
el castigo se retarda
al crimen y á la perfidia.

¡Dulce esposa! ¡tu ignorada
virtud va á comparecer;
plegue á Dios, que la asechanza
de la calumnia á su vista
quede una vez disipada!

SCENA IX.

Don Roque solo.

La cláusula de letra bastardilla debe decirse en tono delectura. Despues cierra el libro con enojo, y se levanta.

Roq. ¡Qué bien dices! Desde el punto, en que nace la esperanza, se empieza á gozar... ¡Un viejo! Un viejo no espera nada.

Todo me fastidia: libros, sociedad, todo me enfada, y todo lo anhelo. Carlos... ya se marchó, y Jorge tarda.

SCENA X.

El mismo y Ambrosio.

Sale con cierto desembarazo grosero, y pone sobre la mesa el dinero que anuncian los versos.

Roq. ¡Ola! ¿qué traes Ambrosio?

Ambr. ¿Qué quiere vm. que le traiga?

Dinero. Ahí están mil reales.

Roq. Mucho lo necesitaba:

y es muy poco: hace ya tiempo

que no he percibido nada.

Ambr. ¿Y es culpa mia? ¡cuidado!...

¿No vé vm. que nadie paga?

Todos á una voz se excusan

con el tiempo.

Roq. Y no sin causa.

Ambr. Si le llora algun rentero,

al instante vm. se ablanda.

Roq. Eso es natural.

Ambr. ¡Muy bien!

¿y los gastos? Pues las casas
se han compuesto; se aumentó

nuevamente la labranza:

y así en mas de quatro meses

no espere vm. mas cobranza.

¡Si se pensará que en esto

tengo yo alguna ganancia!

A fé, que quizá yo pierdo

muchas veces que vm. gana.

SCENA XI.

Los dichos y Jorge.

Jorg. ¡Buen apóstol!

Aparte.

Ambr. ¿A qué vienes?

Jorg. ¿A qué? A que el amo me llama.

Ambr. Aquí no tienes que hacer;
vuélvete á la puerta.

Jorg. ¡Vaya!...

si me llaman... si está abaxo
mi muger...

Ambr. No importa: marcha.

Roq. ¿Y por qué le hablas así?

Ambr. Este es mi modo: ¿qué aguardas?
Vete pronto.

Roq. Déxale.

Jorg. Quando el amo me lo manda,
debo quedarme.

Ambr. ¡Insolente!

Jorg. ¿Insolente?

Roq. ¿En qué te agravia
para tratarle así?

Ambr. ¡Bueno!

que haga quanto le dé gana,
y á mí me falte...

Jorg. ¿En qué falto?

Ambr. En no obedecer.

Jorg. En casa

no hay mas amo que el señor.

Roq. No mas.

En todo el diálogo debe haber suma viveza en el tono y acciones de los personajes.

Ambr. ¿Qué es lo que vm. habla?

SCENA XII.

Los dichos y Doña Felisa.

Fel. ¿Quién mueve tal alboroto?

¡He! Ambrosio...

Roq. Sí: se propasa ya á ultrajarme.

Ambr. Solo quiero que el portero á cumplir vaya con su obligacion.

Fel. ¿Y de eso toda la cuestión dimana?

Roq. ¡Ah, señora! mas me irrita el tono, que las palabras.

Fel. Es verdad. Este buen hombre, ya lo sabeis, tiene tanta viveza, tan fuerte el genio...

Ambr. ¡Señora!...

Al oído á Ambrosio.

Fel. ¡Que siempre se haya vm. de olvidar de que es precisa la tolerancia!...

Vaya, amo mio, por Dios;
 sosegaos. Está acabada
 la cuestión.

Rog. Yo soy muy bueno:
 pero todos se adelantan
 á abusar de mi bondad,

Fel. Teneis razon demasiada.

Vm. es honrado, fiel, *A Ambrosio.*
 juicioso; pero es muy mala
 costumbre...

Ambr. ¿Y por qué me irritan?

Rog. Al instante se arrebatá,
 me replica, ¡y con un modo!...

Fel. Mal hecho.

Ambr. ¿Y quién no se enfada
 en el pronto?

Fel. Sí: es verdad.

Ambr. Ya se vé: el amo repára
 en mi genio, y no se acuerda
 de que Ambrosio tiene dadas
 pruebas de amarle.

Fel. No hablémos
 mas del caso. La mañana
 está muy buena: ¡amo mio!
 salir para que se esparza
 el ánimo, y volved pronto:

no podré estar sosegada
si tardais.

Guarda el dinero: toma el sombrero y redingot.

*Doña Felisa le limpia y aseá con
muchá afectación.*

sq. Pues voy un rato
hácia Atocha.

el. Que Dios vaya
con vos, señor.

sq. Hasta luego.

Vase.

Al oído á Doña Felisa.

mb. Aguardo á vm. en lá sala.

el. ¿Para qué?

mb. Tengo que hablaros
á solas una palabra.

Vase.

el. Voy al instante. Ya Jorge,
puedes irte: no haces falta.

Vase.

rg. Está bien... ¡Gracias á Dios!

¡A no verlo, lo dudára.

Qué demonios! Vaya, importa
el no dormirse en las pajas.

Voy á avisar á Jacinto,

que no se detenga Laura

en venir... ¡El Don Ambrosio!...

pues la niña!... ¡qué canallas!

ACTO SEGUNDO.

SCENA PRIMERA.

Ambrosio y Doña Felisa.

Ambr. Señora, ya es necesario que de asegurar tratémos nuestra dicha: ya vé vm. que tambien se acuerda el viejo de que es el amo; y en fin la amo á vm. ha mucho tiempo, y solo con vuestra mano viviré feliz.

Fel. ¡Qué empeño!
¡es un modo bien extraño de pretender!

Ambr. Ya no espero dilaciones: la amo á vm. ciegamente, lo confieso. Yo no soy galan, señora; pero tampoco merezco un desayre.

Fel. La verdad, temo mucho el casamiento.

Ambr. ¿Qué hay en éste de temible

para vm.? Antes uniendo
 así nuestros intereses,
 dirigiéndonos de acuerdo,
 nos esperaba una vida
 regalada, con sosiego:
 y... vamos, ya sabe vm.
 que uno á otro nos conocémos.

el. ¡Qué pocō repára vm.,
 amigo, en lo venidero!
 ¿No era mejor aguardar
 hasta que el último obsequio,
 como sirvientes, le hagamos
 á Don Roque?

Imbr. No comprehendo...

el. Quiero decir, hasta tanto
 que sus párpados cerrémos.

Imbr. Eso es largo: no señora,
 nos importa hacer primero
 una retirada honrosa,
 dexando aquí unos sugetos
 buenos, dóciles, de nuestra
 eleccion, que dependiendo
 de nosotros, conspiráran
 á cumplir nuestros deseos.

el. Todo es verdad; pero es cosa
 de importancia... ya verémos.

Ambr. ¡Siempre una misma respuesta!

Fel. ¡Qué impaciencia!

Ambr. ¡Qué pretextos!

yá me canso: hasta mañana
solamente doy de tiempo
para decidir.

Fel. Muy bien.

Hoy será mi último esfuerzo, *Aparte.*
y veremos... es preciso
hoy apurar mi talento. *Vase.*

SCENA II.

Ambrosio solo.

Ambr. Esta muger me hace falta
para ser dichoso. Luego
uniendo nuestros caudales
se formaba un total bueno,
y el amo le completaba
al fin con el testamento.
Sobre todo, no me agrada
ser un solteron eterno
como él, que quando fallezca,
en vez de lloro y lamentos,
se celebrará su muerte
con regocijo y contento

de todos, al recoger
lo que con tanto desvelo
ha adquirido... ¡Pobre diablo!
¿pero qué busca aquí dentro
esta graciosa muchacha?

SCENA III.

*Ambrosio, y Laura que entra muy turbada
y llena de timidez.*

Laura. Don... Ambrosio...

Ambr. Soy yo mismo:

¿y bien?

Laura. Puede ser que ahora
os estorbe: Don Anselmo
Torres me envia...

Ambr. Ya, ya.

Tú quieres servir ¿no es esto?

Laura. Si no os incomoda, ved
esta esquela. *Se la entrega.*

Ambr. ¿Mas qué es eso?

¿tiembas, niña?

Laura. No señor.

Ambr. No hay porqué; á ver: en efecto.

Leyendo la esquela.

“Bien nacida, dócil...” basta:
conviene muy bien tu aspecto

con lo que dice mi amigo.

Laura. Señor, ese es favor vuestro.

Ambr. ¿Te llamas?

Laura. Laura.

Ambr. ¿Y tu edad?

¿veinte años, he?

Laura. Aun no los tengo.

Ambr. ¿Has servido?

Laura. No señor:

y á no ser aquí, protesto
que no sirviera.

Ambr. Y supongo,

¿sois soltera?

Laura. Careciendo

de fortuna, no era fácil

que pensase en casamiento.

Ambr. Pues vaya, estás recibida.

Laura. Yo, señor, os lo agradezco
con toda mi alma.

Ambr. Hablaré

al amo, aunque es lo que ménos
importa. Ahora escúchame
dos advertencias.

Laura. Ya atiendo.

Ambr. Aquí, niña, hay mas de un amo.

Laura. Me lo han dicho.

Ambr. Yo el primero.

Laura. ¡O! sí señor.

Ambr. Además,

con el ama de gobierno
es menester que te muestres
pronta y dócil, yo la aprecio,
y el amo la estima.

Laura. Bien.

Ambr. El amo es un pobre viejo,

bonazo, franco: tratarle
con cierto mimo y respeto.

Ya puede vivir muy poco;
y si mereces su aprecio,
podiera hacerte algun dia
dichosa.

Laura. Yo le venero

aun por motivos mas puros.

Ambr. Pues cuenta con mis consejos.

No hay mas que hacer: sobre todo,
acuérdate en qualquier tiempo,
que entraste por Don Ambrosio.

Laura. Desde hoy á afirmar me atrevo

que nunca me olvidaré
de los favores que os debo.

Ambr. Yo salgo á una diligencia,
para que despues entrémos

á presentarte: vé y vuelve,
 si quieres, de aquí á un momento;
 pero por nadie preguntes
 sino por mí.

Laura. Ya os entiendo. *Vase Ambrosio.*

SCENA IV.

Laura, y Jacinto muy apresurado.

Jac. ¿Si habrá conseguido?...

Laura. ¡Esposo!

Jac. ¡Laura mia! ya prevéo
 en tu semblante mi dicha.

¿Te ha admitido?

Laura. Muy contento;
 pero todavía estoy
 temblando.

Jac. Calma, te ruego,
 tu inquietud; ya nada temas,
 si por fin benigno el cielo
 nos favorece: bien pronto
 mi padre verá ese aspecto
 de virtud, escuchará
 tu hablar gracioso y modesto,
 y esto basta para ser
 cumplidos nuestros deseos.

Quisiera que ya te hubiese
visto.

Laura. Tambien yo lo anhelo,
y lo temo á un tiempo mismo;
pero sobre todo tiemblo
al pensar que el ama...

Jac. ¡El monstruo
de maldad!

Laura. La compadezco.

Jac. Triunfe de su iniquidad
tu virtud: ¡ah! ¡quánto siento
fingir miéntras tú padeces!

Laura. ¿A tu lado qué tormentos
puedo temer? La pobreza,
la calumnia, el desconsuelo
nos han perseguido siempre,
y siempre viste sereno
mi semblante, y en tí solo
buscar al dolor consuelo.

Aquellas horas pasadas
en el dolor mas acervo,
son para mí todavía
los mas dichosos momentos
de mi vida.

Jac. Siendo amado
de Laura, siempre me creo

venturoso; pero acaso
 saldrán... Solo te prevengo,
 que si con mi padre hablares,
 aun quando ganes su afecto,
 no me descubras: conviene
 que me conozca mas tiempo.

A Dios, mi bien; no es posible
 pintarte mis sentimientos.

Laura. ¡Son los mas gratos! A Dios.

Jac. ¿Y pronto?...

Laura. Sí, pronto vuelvo. *Vase.*

SCENA V.

Jacinto solo.

Jac. ¡Alma de candor! padeces
 por mí, inocente. En el seno
 de tu patria hoy vivirias
 en regalado sosiego,

si Jacinto... ¡desdichado!

Jacinto no pudo ménos,
 de amarte; y no gozará
 de tranquilidad su pecho
 hasta haberte hecho feliz.

Tu bien, es el dulce objeto
 de su afan... ¡ah, Jorge!

S C E N A VII.

*Jorge y Jacinto.**Jorge.* ¡Vaya!

No sabe vin...

Jac. ¿Qué hay de nuevo?*Jorg.* Una friolera: que acaban de llegar tres muchachuelos, que aseguran ser parientes de nuestro amo, con intento de visitarle.*Jac.* ¿Y qué importa?*Jorge.* No frusten nuestros proyectos.*Jac.* Es imposible, y si son infelices, yo no debo impedirles que mejoren de situacion.*Jorge.* Uno de ellos tiene ya en la mano un rollo de papeles. ¿Vendrá presto?
(me dixéron) -yo no sé-
no importa, le aguardaremos.
En efecto, abaxo quedan,
y mientras viene se han puesto

Suena dentro ruido.

á enredar: ¡escuche vm.

qué zambra!

Jac. Pues diles luego
que suban.

Jorg. Se lo diré;
bien está: el negocio es vuestro.

Vase.

Jac. Tambien son parientes mios,
tal vez, mas que yo sujetos
á la desventura.

SCENA VII.

Jacinto y Doña Felisa.

Fel. Cárlos,
¿qué alboroto es ese?

Jac. ¡Cielos! *Aparte.*

Fel. ¿Quién ha venido?

Jac. Señora,
son tres niños, segun pienso,
pobres, parientes del amo,
que quieren verle.

Fel. Al momento
haz que se vayan.

Sale, y al ver á Doña Felisa, se suspende.

Jorge. Ya suben...

Fel. ¿Y para qué los has hecho subir? Dí que no vendrá á comer.

Jorge. ¡Jesus que enredo!
¿con que les diré que vuelvan despues á la tarde?

Fel. ¡Necio!

que no vuelvan; que se va fuera de Madrid: corriendo díselo.

Jorg. ¡Pobres muchachos!

Yéndose.

Ac. Mira donde van.

Al oído á Jorge.

Jorge. Entiendo.

Vase.

Fel. No sabes cuánto pudiera ese raro parentesco dañarnos. Eres novicio, y aun no conoces los riesgos. Pero yo he visto venir al amo, y aquí le espero con cierto ardid: por un niño voy á conquistar á un viejo: retírate.

Ac. A Dios, señora.

Fel. Supongo que ya habrás hecho esta mañana...

Ac. Empecé

á hablarle del caso; pero
llegó el mayordomo...

Fel. Cuenta

á otra vez: vete.

Jac. Obedezco.

Vase.

SCENA VIII.

Doña Felisa y Julianito.

Fel. Ya habrá llegado: ¡Julian!

Sale ahora.

¿te acuerdas bien?

Jul. Bien me acuerdo.

Fel. Te regalaré mil cosas
como tú guardes silencio

con todos: mas ya se acerca,
si no me engaño, empecémos.

¿Y qué haces quando ves triste
á tu papá?

Jul. Le doy besos,
le acaricio.

Fel. ¿Y qué te dice?

Jul. Me besa tambien, y luego
le dice á mi madre:
mira, este niño es el consuelo
en nuestro mal: mas feliz,

con ser un pobre portero,
soy yo que el amo.

Habrá salido quando indican los versos de Doña Felisa, y permanece suspenso á la puerta escuchando el diálogo entre aquella y Julianito.

Rog. ¡Ah! ¡qué digno soy de compasion! yo debo envidiar al mas humilde.

Aparte.

Fel. Ya va produciendo efecto.

Aparte.

Jul. Quando estuvo papá malo no me apartaba del lecho, y le decia á mi madre: si ahora fuera yo soltero, ¡pobre de mí!

Fel. ¡Bello niño!

ya está enternecido el viejo. Y dime, ¿tú quieres mucho al amo?

Aparte.

Jul. ¡Toma! le quiero como á papá, y si lo fuera le diera un abrazo.

Sale con los brazos abiertos hácia el niño.

Rog. ¡Bueno! dámele.

Se levanta como sorprendida.

Fel. ¡Señor!

Jul. ¡Papá! *Le abraza.*

Roq. Me ha conmovido en extremo el oírle.

Fel. Siempre lo he dicho.

El amo es sensible, tierno.

Vete ya, y cuidado. *Al oído á Julianito.*

Roq. A Dios.

Jul. A Dios, papá: despues vuelvo. *Vase.*

Roq. ¡Me agradan tanto sus gracias!

Fel. Muy interesantes: cierto que Jorge es feliz.

Roq. Si lo es.

Fel. Se halla dichoso en el seno de una esposa que le adora, y ambos al lado estan viendo su imágen viva en el niño.

Roq. ¡Ay Dios!

Fel. Tambien yo me acuerdo que en mi niñez era el gozo de mi padre: ¡qué perfecto señor! de todos sus hijos á nadie con mas extremo quiso que á mí; ¡ya se vé! me tuvo ya siendo viejo,

de sesenta años, y estaba
 su amor propio satisfecho:
 la hija de su vejez
 me llamaba en el exceso
 de su placer.

q. ¡Sesenta años!

l. Sí señor: estaba aun fresco
 y sano... así como vm.;

ni es mucha edad... ¿Mas qué es eso?

¿estais pensativo?

q. No.

l. ¿Qué teneis?

q. Nada.

l. Yo advierto

en el semblante... á ninguno
 le faltan, señor, sus dueños.

Aquí donde vm. me vé,

un quando callo, padezco.

q. ¿Vm.?

l. Sí señor: querria

decíroslo, y me avergüenzo.

q. ¡Qué necedad!

l. Yo venia

pedirle á vm. consejo.

q. Sobre qué.

l. En una palabra,

Ambrosio quiere que luego
sea su esposa.

Roq. ¿Cómo? ¿cómo?
diga vm.

Se sienta, y la hace sentar á su lado.

Fel. Ha mucho tiempo
que me importuna, señor,
y por mas que le desprecio
nada consigo: en fin, dice
que si hoy mismo no resuelvo,
desistirá. Este es el caso:
con que amo mio, ¿qué debo
hacer?

Roq. Me sorprehende vm.,
y á la verdad, yo no acierto...

Fel. Ambrosio es un hombre honrado,
bien lo sabe vm., muy recto;
¡pero es tan duro!... y en fin,
es un asunto tan sério
el matrimonio.

Roq. Sí: es fuerte
de condicion; pero el genio
se suaviza, siendo vm.
tan cariñosa, y sabiendo
manejarse.

Fel. ¡Ah! ¡sí lo soy!

Nació para el himenéo
mi corazón, y en verdad,
á no ser la ley que os tengo,
estuviera ya casada.

En mi primer casamiento
no se consultó mi gusto;
fuí forzada, y con todo eso
en la vida se quejó
mi Justo, que esté en el cielo,
de mí... ¡cuidándole siempre
con un amor, un esmero!

Roq. Sí: qualquiera juraria
que le amabais en extremo.

Fel. Pues ahora bien, ¿qué sería
si hallase un marido bueno
de mi eleccion, de mi gusto,
un hombre formal?

Roq. Lo creo.

Fel. No me agrada, ni tampoco
me conviene un jóven.

Roq. Cierto.

Fel. Fuera de esa edad, qualquiera
me ácomoda; yo confieso
que un hijo así pequeñito
es un delicioso objeto;
selo uno desearía,

uno no mas, ¡qué contento!
 ¡Me parece que ya estoy
 viéndole saltar en medio
 de su padre y de mí, á entrambos
 halagándonos risueño,
 aumentando nuestro amor!...
 ¡ay! entónces ¡qué embeleso

Le toma la mano como arrebatada.
 fuera el nuestro!... digo el mio.
 y el del esposo que el cielo
 me hubiese dado. Con todo,
 no presuma vm. que siento
 aquí la viudez. ¡Jesus!
 muy dichosa me contemplo;
 y sabe Dios que quisiera
 acabar con vos el resto
 de mis dias.

Rog. ¡Ah! señora,
 me enternece vuestro afecto,
 me penetra.

Fel. Ya vé vm.

con cuánto gusto me empleo
 en servirle: el mayor gozo
 es para mí el complaceros;
 y en verdad que he derramado
 muchas lágrimas por ello.

Roq. ¿Cómo, señora?

Fel. ¡Ay, señor!

por vm. he sido objeto
de la malicia; han querido
comprometer mi respeto
y mi honor, interpretando
sobre el amor que os profeso.

Ya se vé, aun quando quisiera
desmentirles con mi aspecto
ó con mi edad, no es posible;
y entretanto estoy sufriendo
que sospechen...

Roq. ¿Qué sospechan?

Fel. ¿Qué han de sospechar? que os quiero,
y que vm. me corresponde;
que estamos ya de secreto
casados: el mismo Cárlos
me creyó los dias primeros
ama en realidad. A mí,
si he de decir lo que siento,
no me importa que murmuren,
pues si os estimo, obedezco
á mi corazon... Ahora,
siendo tan sensible y tierno,
¿le entregaré á una persona
áspera?

Roq. No. Ya no apruebo
el casarse con Ambrosio:
de ningun modo; su pecho
no es digno de tal terneza.

Fel. Tal vez yo me lisonjeo
á mí misma; pero juzgo,
amo mio, que merezco
mejor fortuna... ¡Pasar
toda la vida sirviendo,
aislada, la que pudiera
hacer feliz!... Desfallezco
al mirar mi situacion.

Roq. Doña Felisa... no acierto
á resistir... cada vez
nuevos encantos advierto
en vm.... yo me arrebató...
me han conmovido en extremo
vuestras palabras.

Arrebatado.

Fel. ¿Qué valen
mis palabras? ¡Ah! si un tiempo
fuera dable... que enlazados...
¡ay! entónces yo protesto
que hallára vm. nuevos dones,
que hasta ahora tiene encubiertos
mi humillada situacion.

Roq. ¡Tarde, tarde considero *Con mayor vivez*

quánto he perdido! ¿Y yo pude
ver con frialdad y desprecio
tantas gracias?

Fel. ¡Si supierais
quántas lágrimas, quán tiernos
suspiros tengo exhalados
por esta pasión!... no acierto
á hablar, señor... el rubor...

Se levanta fuera de sí, y la toma la mano.

Roq. Escuche vm... no hay remedio:
vm. me encanta, y es fuerza
declarar...

*Al oír á Ambrosio Don Roque queda turbado,
y Doña Felisa demuestra suma impaciencia.*

Ambrosio. No tengas miedo; *Dentro.*
sube al instante.

Fel. ¡Dios mio!

Roq. Suena gente...

Fel. En un momento,
¿decía vm.?...

Roq. Y es Don Ambrosio.

Fel. ¡Triste de mí! ¡á qué mal tiempo!

SCENA IX.

*Doña Felisa, Don Roque, Ambrosio
y Laura.*

Ambr. Mi amigo, Torres, envía
esta niña, que presento
á vm. Es juiciosa, dócil,
y de muy buen nacimiento.

Fel. ¿Para qué?

Ambr. Para que ayude
á vm. en todo el gobierno
de la casa; ha tantos dias
que andaba buscando...

Fel. ¡Bueno!

¿Acaso yo necesito?...

Ambr. La necesita vm.: cierto.

Hemos trabajado mucho,
y es justo que descansémos.
Señor, espero que vm.
no me desayre.

Fel. En efecto,
por venir por Don Ambrosio
admítala vm, no quiero
meterme en nada: me voy,
y que decida. *Vase.*

Ambr. ¡Qué genio!

Laura. ¡Infelice Laura! apenas llegaste, empiezan de nuevo tus quebrantos.

Aparte.

Roq. Hombre, yo

á decidir no me atrevo;

por mí, que quede en buen hora;

pero si el ama...

Ambr. ¡O! yo ofrezco

persuadirla: voy allá,

y al instante la convenzo.

Vase.

S C E N A X.

Don Roque y Laura.

*Laura queda á un extremo del teatro, de-
notando en sus actitudes, temor y afliccion.*

*Don Roque se paséa hablando
consigo mismo.*

Roq. No hay duda, me ama: ese enojo
nace solo de su zelo.

Ya no soy tan infeliz.

Me ama: la amaré; y al ménos

al morir habrá quien lloré

sobre mis cenizas... ¿Pero

en mi edad?... ¿quién me diría

allá en mis años primeros?...

¿Qué importa? Si mis errores
 me apartaron del mas recto
 camino de la virtud,
 hoy otro seguro emprendo.
 Viviré en paz; sus caricias
 animarán el invierno
 de mis años... ¿qué tendrá
 esta muchacha? yo advierto
 en su semblante un candor
 de un ángel. ¡Ah! tambien luego
 con una familia honrada
 será mi gozo completo.

Ella suspira, ¿qué tienes?

Laura. Nada, señor.

Roq. Si yo veo
 que suspiras.

Laura. No extrañeis
 el que muestre mi consuelo
 en mis suspiros; me habeis
 amparado, y solo siento
 el no poder con mi labio
 mostrar mi agradecimiento.

Roq. Aquí te se tratará
 como hija; yo me intereso
 desde hoy en tu bien: me encanta
 tu hablar tan dulce y sincero,

tu modestia.

Laura. En la muger
es obligacion.

Rog. Me alegro
de que te adornen principios
tan sólidos.

Laura. No poséo
otros bienes: es la herencia
única que me pudiéron
dexar unos padres pobres
y virtuosos.

Rog. ¿Con qué fuéron
pobres? ¿he?

Laura. Sí señor: eran
respetables aunque puestos
en la clase en que abatido
el hombre vive contento,
si puede con su sudor
bañar un pan duro y negro.
En fin labradores eran.

Rog. Yo al mas pobre le prefiero
á un rico ocioso.

Laura. En las horas
consagradas al sosiego,
su placer era formar
mi corazon: sus preceptos

sencillos, como sus almas,
 se grabáron en él presto,
 que aun era mas persuasivo
 que sus palabras, su exemplo.
 ¡Padres de mi amor! ¡si hubierais
 visto á la que fué el objeto
 de vuestras caricias sola,
 huérfana en pais ageno!

Roq. ¿Con qué han muerto?

Laura. Sí señor;

un accidente funesto
 me arrebató á mi buen padre,
 y mi madre á poco tiempo
 le siguió.

Roq. ¡Perder así
 sus padres! ¡padres tan buenos!
 Ya ves, no los conocí,
 y los amo y los venero.

Laura. ¡Quánta bondad! Sin embargo,
 no me ha despojado el cielo
 de todo: tengo un amigo,
 un amigo verdadero,
 que es el que me ha acompañado
 en mi viage.

Roq. Segun eso

¿tú eres aquí forastera?

Laura. Sí señor...

Del. ¡Laura!

Dentro.

Laura. Mas pienso
que me llaman.

Doq. ¡He! no importa.

¿Pero con algun objeto
habrás venido?

Laura. No hay duda:

oidle, señor. Mi sincero

amigo, el único apoyo

que hay en todo el universo

para mí, con quien un dia

ser afortunada espero,

tiene aquí un pariente rico;

pero sordo á sus lamentos.

Cansado el infeliz, quiso

hacer el último esfuerzo:

eres virtuosa, me dixo

un dia; tu rostro halagüeño,

tu virtud y tu desgracia,

al vez moverán su pecho

mas que mi llanto. Creile:

us labios no conociéron

unca el engaño: al instante

omo hermanos emprehendémos,

asi mendigando, el viage:

en fin, llegamos al pueblo...

Roq. Llegasteis, ¿y qué?

Laura. ¡Dios mio!

¡quál fué su recibimiento!

Roq. ¿Con indiferencia?

Laura. Así

nos hubiera sido ménos

doloroso: nos negó

la entrada.

Roq. Pues desde luego

tendrá el tal un corazon

de bronce.

Laura. ¡Ah, señor! es bueno:

es humano: los extraños,

á quienes fia el gobierno

de su casa, y de sí mismo,

son los que le han impuesto

en nuestro mal.

Roq. De ese modo

es débil. Vaya, yo quiero

encargarme de mover

ese hombre inflexible; irémos

tu amigo y yo...

SCENA XI.

Dichos y Doña Felisa.

Sale muy acelerada, y se encara con Laura.

Fel. ¡Todavía!

Rog. ¿Qué busca vm.?

Fel. Sí: ya veo
que os incomodo.

Rog. ¿Y en qué?

Fel. No sé: serán los secretos
de la criada importantes
sin duda. Hace ya lo ménos
una hora que os está hablando,
y á fé, que tales misterios
me disgustan.

Rog. ¿Y por qué
la disgusta á vm. que hablémos?

Fel. Es verdad: os interesa
su conversacion: entiendo.

Rog. De su educacion estaba
hablando.

Fel. ¡Asunto muy bello!

Vaya vm. al gabinete.

Laura. ¿Y qué he de hacer?

Fel. Allá dentro
se lo dirán; y despues
tambien las dos hablarémos.

Laura. Señor, dadme resistencia, *Yéndose*
que á tanto penar ya cedo. *Vase.*

Se paséa por el teatro.

Roq. Es necesario tratarla
con suavidad.

Fel. ¡Buen consejo!

Roq. Es sensible.

Fel. ¿Y qué? ¿soy yo *Con dulzura.*
insensible?

Roq. No por cierto;
pero es muy interesante.
Tienc...

Fel. Sí señor: convengo
en que es dócil. Mas hablando
de otra cosa, ¿aquel acento
dichoso que os estorváron
pronunciar?...

Roq. Y además de eso
tiene excelentes principios,
gracia, modestia y talento.

Fel. ¡Ay, Don Roque! ó yo me engaño,
ó un extraño movimiento

os agita.

Rog. Me han gustado
sus máximas, lo confieso.

Fel. ¿Con que solo quiere vm.
hablar de ella? ¿y un momento
ha podido hacer se olvide
de otros objetos?

Rog. ¡Qué empeño!

¿no he de hablar de ella, si es buena?

*En tono de cólera que va aumentando hasta
el fin de la scena.*

Fel. Vm. ha perdido el seso:

ya es burlarme.

Rog. Es que vm. tiene
hoy mal humor.

Fel. Me impaciento
de que una sirvienta...

Rog. ¿Y qué?

Ese es un realce nuevo
para su virtud.

Fel. ¡Don Roque!

ya me falta el sufrimiento.

Rog. ¿Por qué, señora?

Fel. Porque

en el alma la aborrezco.

En fin, en casa es inútil:
¿de qué sirve? Yo resuelvo
que se vaya.

Roq. ¿Irse? ¿quién? ¿Laura?
os chanceais.

Fel. No me chanceó.

Roq. ¿Cómo?

Fel. ¿Y está vm. dudoso?
¿A la que con tanto esmero
le ha servido á vm., prefiere
una muger?...

Roq. No prefiero
á nadie; pero yo soy
incapaz de un rompimiento
fuera de sazón.

Fel. Muy bien.
¿Ese es el voto postrero
de vm.? pues escuche ahora
mi decision: al momento
es menester que salgamos
una de las dos.

Roq. Sosiego,
señora: ¿qué impide, Laura,
á que yo os ame?

Fel. No hay medio;

ó despida vm. á Laura,
ó bien á mí: no consiento
mas dilaciones.

*Encolerizándose por grados hasta el fin
de la scena.*

Rog. Jamas,
jamas he visto otro genio
mas tenaz.

Fel. ¡O Laura, ó yo.

Rog. ¡Cuidado qué!... ya no puedo
sufrir mas... váyase vm.
si le acomoda.

Fel. ¡Ah! comprehendo
el arcano: la ama vm.

Rog. No, eso no; pero supuesto
que ella no ha dado motivo,
no saldrá; yo la defiendo.

Vase.

*Dice el primer verso con suma humildad y dul-
zura, y en ademan de ir á detener
á Don Roque.*

Fel. Perdone vm... amo mio...

¿Qué he escuchado? ¿es éste el mesmo
que yo juzgaba rendido?
¡incauta! ¿por un rezelo
futil habré malogrado

tanto afan, tantos desvelos?...
 ¡Mas qué digo? ¡malograrse!...

Ha sido el rapto primero
 de la cólera; despues

podrá calmarse... yo tengo
 la culpa: continuamente
 á Ambrosio estoy previniendo,
 y yo soy mas imprudente

que él.. No importa,
 aun hay remedio.

Bien léjos de desmayar,
 conviene tomar aliento.

¡Amigo Cárlos!

S C E N A X I I .

Felisa y Jacinto.

Jac. Señora.

Fel. ¡Ay! ¿sabes que me he indispuerto
 con el amo?

Jac. ¿Cómo? ¿vos?
 ¿por qué?

Fel. Porque me intereso
 en su bien. Como esa Laura
 no hace falta, le aconsejo

que la despida: se pone
al instante tan soberbio,
tan tenaz en defenderla...

Yo previniendo los riesgos
le amenacé, con que al punto
una de las dos habrémos
de salir. ¿Ahora creerás
que ha tenido atrevimiento
para decir que me vaya,
si quiero, baxo el supuesto
de que Laura ha de quedarse?

Jac. Ciertamente, me sorprendo.

Es verdad que él es afable;
pero al fin es amo.

Fel. Cierto.

Yo tambien sin reflexión...
ya se vé, me causa tedio
solo el verla.

Jac. ¿Con qué en nada
os ofendió segun eso?

Pues amiga, si Don Roque
está con ella contento,
¿á qué incomodarle? ¿á qué
si no teneis fundamento
para temerla, quereis

agraviarla?

Fel. El mal está hecho:

lo que importa es repararle.

Jac. Eso es muy fácil: en siendo esposa del amo, Laura no os causará detrimento.

Fel. ¡Ay, amigo! ya juzgaba por seguro el casamiento, y solo por mi imprudencia le he atrasado.

Jac. Pero luego os reconciliais...

Fel. Sí, al punto: aun quando me humille. Espero que me favorezcas.

Jac. Bastan vuestro rostio y vuestro ingenio para vencerle.

Fel. Con todo, no me abandones, te ruego.

Jac. Jamas, señora... Ya viene, y muy pensativo.

Fel. ¡Bello anuncio! Déxanos solos, que importa no perder tiempo.

SCENA XIII.

Doña Felisa y Don Roque.

*Sin ver á Doña Felisa, que estará
á un extremo del teatro sentada.*

R. Soy desgraciado, lo soy.

¡Cómo me porto con ellos!

¡y cómo me pagan! ¡vaya!

¡Y Doña Felisa! pero

tambien yo me precipito;

fuí demasiado ligero:

me propasé...

L. ¡Ay! ¡demasiado! *Sollozando.*

Sin piedad, sin miramiento...

R. ¡O! ¡que ahí estabais, señora!

L. Este es de mi afan el premio.

Ay de mí! despedazar

un corazon puro y tierno,

que nunca pudo esperar

emejante tratamiento

el que amaba.

R. Si ya digo

que me excedí; si confieso

que no he sabido...

Fel. Despues
de este golpe tan acervo
aborrezco el mundo; iré
á buscar el mas secreto
retiro, y allí ignorada...

Roq. Vaya, por Dios, que olvidemos
lo pasado.

Fel. ¡Ay! nunca, nunca
lo olvidaré.

Roq. Todo aquello
fué una vagatela, nada.

Fel. Ya sé el amor que os merezco:
ya lo conozco; lo visto
me basta para escarmiento.

Roq. Doña Felisa, señora:
creame vm., soy siempre el mismo,
siempre; y mis palabras son
leyes para mí.

Fel. ¡Qué intenso
será el amor, quando así
me despide vm.!

Roq. Primero
fué vm. quien se despidió.
Yo, no hay duda, tengo el genio
muy vivo; pero despues,

ya lo vé vm., me arrepiento.

¿Y aun se mantiene vm. firme?

¿obstinada?...

el. Me mantengo

firme en serviros, y en que

esa Laura...

oq. Que no hablémos

mas de Laura; la aseguro

que en esta muchacha encuentro

muchas virtudes. ¿Amarla?

no señora. ¿Estaba ciego,

ó loco? ni era posible.

En fin, si nuestros deseos

se logran, siempre es preciso

recibir...

l. ¿Con que no tengo

que temerla?

q. No: en la vida.

Sobre todo yo no puedo

por una leve contienda

dar lugar á un rompimiento.

l. Pues yo ya habia jurado

en mi interior...

q. ¿Con que debo

esperar?... ¡He! no dudeis.

Fel. Qué más quiere vm. Ya cedo;
vuestra soy.

Roq. ¡Muger amable!
tú eres todo mi universo.

SCENA XIV.

Los dichos y Ambrosio.

Ambr. ¿Parece que vm. despide
á Laura? Yo no tolero
tal desayre.

Roq. No hay tal cosa.
Ambrosio, ántes conocemos
que es muy buena.

Fel. Sí: yo misma,
aunque al principio me he opuesto,
veo que es útil.

Ambr. Está bien.

Fel. Y ahora mismo voy adentro
á instruir la, para que ácierte
á serviros con esmero. *Vase.*

*Se paséa dirigiendo, segun indican los ve
á veces la palabra á Don Roque, que est
sentado y profundamente pensativo.*

Ambr. Me parece que bastaba

que mi amigo Don Anselmo
 la enviase, para que todos
 la miráran con aprecio:
 que yo tampoco he dexado
 de informarme de secreto,
 y á una voz la alaban quantos
 la conocen. A mas de eso,
 ¿hay mas que ver su modestia,
 su compostura, su aseo?

¿No es verdad? ¿Y de salario
 qué la daré? Vm. es dueño.

Señor! ¿oye vm.? ¿qué flema!

Está con el pensamiento
 mil leguas distante; acaso
 ¿ya el ama de gobierno
 le consultó... ¡Señor!... ¡vaya!
 que el tal señor es molesto.

Señor!

7. Espérate: mira
 que me hace falta dinero.

br. ¿Y el que trage?

7. Necesito

mas.

br. Pues todos los renteros

me han pagado: ya lo he dicho.

Yo aunque quisiera, no tengo un cuarto. Se venderá una casa, no hay remedio.

Roq. Hombre, ¡vender!

Ambr. Pues si no,

busque vm. un usurero que le preste: ya lo he dicho.

Es menester un plan nuevo de economía: entre tanto que vm. maneje el dinero, ¿qué ha de suceder? Si yo, que me parece lo entiendo, me embarazo en muchas cuentas, vm. que dexó el comercio tanto tiempo hace, ¿qué hará puesto en negocios agenos de su inspeccion?

Roq. Bien está:

vende el solar mas pequeño.

Ambr. Si es así. Pues al instante voy de modo á disponerlo, que gane vm., si es posible, la mitad.

Roq. Te lo agradezco.

Ambr. En esta venta podré

Aparte.

ganarme yo el diez por ciento. *Vase.*

Despues de alguna pausa.

oq. Sí: es lo mejor; no es posible

el traspasar los derechos

de naturaleza. Es mi hijo:

si fué ingrato, si perverso,

no por eso debo yo

abandonarle; y aun puedo

esperar... ¡ah! ¡si algun dia

le viera!... ¡inútil deseo!

Ahora ¿á quién encargaré

este asunto? Jorge es bueno,

pero pudiera perderle

por un cariño indiscreto.

Doña Felisa y Ambrosio

no lo aprobarán, lo veo.

Si Cárlos... Cárlos es fiel:

su virtud y su talento

justamente le hacen digno

de mi confianza. Ni tengo

que descubrir... ¿para qué?

le diré lo que pretendo,

no nombrar á nadie.. En fin,

le hablaré. ¡Cárlos! Ya advierto *Llamando.*

percana mi dicha, ¡ay Dios!

la dicha que cabe á un pecho,
 qué tarde siguió la senda
 de la virtud. A lo ménos
 con una amable familia...

Llamando con campanilla.

¡Cárlos! ¿No está en su aposento?

SCENA XV.

Don Roque y Jacinta.

Jac. Señor.

Rog. Mira, voy á darte
 una prueba del aprecio
 que hago de tí.

Jac. ¡Quán dichoso
 en serviros me contemplo!

Rog. Buen amigo, me parece
 que hoy mismo hice recuerdo,
 hablando contigo, de un
 pariente cercano.

Jac. Es cierto,
 é inferí que era la causa
 de todos vuestros tormentos.

Rog. Tú lo dixiste. El sería
 de mi corazon el dueño,

si ménos malvado...

Jac. ¡Qué!

¿os ha ofendido en efecto?

Rog. ¡Ah! continuamente.

Tac. ¡Cómo!

Rog. Perdóname, si reservo

abrirte mi alma á ocasion

en que mas despacio estemos.

Tac. Bien, señor; pero si acaso

vuestra confianza merezco,

yo os pido no os olvideis

de esa promesa. Rezelo

que no es tan culpable, no;

que de la envidia el veneno...

Rog. ¡Oxalá que fuera así!

en fin, perdónele el cielo.

Yo tengo que disponer

de mis bienes, y no quiero,

siendo un hombre infame, darle

con mi socorro fomento

á sus vicios; mas tampoco

á abandonarle me atrevo.

Si tiene hijos é inocentes,

pagan los enormes yerros

de su padre, abandonados

á la miseria... no pienso
 una vez en esta imágen
 sin lágrimas... Eso intento;
 saber si tiene familia,
 si está pobre.

Jac. ¡Qué violento *Aparte.*
 me es el callar! ¡Almas viles!
 ¡de qué corazón tan tierno
 me habeis privado!

Roq. ¿Qué tienes?

Jac. No extrañeis, si me enternezco.
 Mas perdonad que os pregunte,
 ¿con qué fin quereis saberlo?

Roq. Para tenerlos presentes
 al hacer mi testamento.

¿No te parece?

Jac. ¿Y en tanto
 han de padecer? Yo pienso
 que esa donacion carece
 de mérito. El opulento
 vé ya abrirse su sepulcro:
 ¿qué mucho, si huyó ya léjos
 la esperanza de gozarlos,
 que ceda entónces muriendo
 sus tesoros?

log. Pero entónces

da una prueba de su afecto á la persona, á quien quiere elegir por heredero.

ac. ¡Y qué estéril fué el cariño, que escuchando los lamentos

de la indigencia, guardó

hasta el postrimer aliento

sus auxílios! ¿y qué vale,

quando ya le encubre el velo

de la muerte? Ya sus dones

parecen mas bien efecto

del amor propio. *Yo mando,*

yo quiero, son los primeros

vocablos que se descubren

en qualquiera testamento.

Parece que de la vida

se extingue al fin el imperio,

y aun el de la voluntad

quiere hacerse mas extenso.

7. Tienes razon. Cada vez

admiro mas tu talento:

tu virtud: ¡qué bella alma!

Yo por ahora suspendo

mi intencion. Es menester,

(amigo, fio en tu zelo)
 es menester informarse
 del estado de mi deudo.
 Tú buscarás quien conozca
 en dónde está algun sujeto...

Jac. ¿Dónde está? decidme.

Roq. En Cuellar
 está ya hacè mucho tiempo.

Jac. ¿En Cuellar? Pues cabalmente,
 en nuestra casa tenemos
 quien lo sabrá.

Roq. ¿Cómo?

Jac. Laura
 es natural de ese pueblo,
 y recien venida.

Roq. ¡Laura!
 ¡No sabes cuánto me alegro!
 ¡es muy amable!

Jac. ¿Quereis
 que la llame?

Roq. Sí: pretendo
 exâminarla, y despues
 informarme de secreto
 por quien ella diga. Antes
 voy á prevenir, que quiero

recogerme, para que
nadie venga á mi aposento.

¡Laura! Se estremecerá *Yéndose.*

al contar sus desaciertos. *Vase.*

ac. Llegó el instante, llegó
mi ventura. !O! Dios inmenso,

defensor de la inocencia,

pon en sus labios el fuego

de la virtud, que nos abra

de mi triste padre el seno.

ACTO TERCERO.

SCENA PRIMERA.

Don Roque y Laura.

Laura. ¿Cómo le hablaré?... ¡Buen Dios! *Ap.*

sosten mis débiles fuerzas.

q. Laura, acércate.

Laura. Señor.

q. ¡Si supieras que no cesa

de ofrecerse á mi memoria

una desgracia!

Laura. Ya aunque fuera

tan cruel, con ménos susto

mi corazon la recuerda,
 habiendo podido á vos
 interesaros.

Roq. Cualquiera
 se interesára.

Laura. ¡Ah, señor!
 mi gratitud será eterna.

Roq. Se me olvidó preguntarte,
 ¿de dónde eres?

Laura. Soy de Cuellar.

Roq. ¿Y nunca de allí saliste?

Laura. Allí ví la luz primera;
 y allí mi morada ha sido
 hasta ahora.

Roq. ¿Es buena tierra?

Laura. A lo ménos desconocen
 sus moradores la negra
 perfidia de las ciudades:
 y á lo ménos allí alienta
 libre la virtud.

Roq. Con todo,
 aunque mas los buenos sean,
 tambien malvados habrá.
 Y una villa que no dexa
 de ser freqüentada, al fin...

y pienso que allí hay bandera
de Dragones.

Laura. Sí señor.

Rog. Y aun deberá estar en ella
un soldado, que por ser
mi pariente, me ayergüenza.

Laura. ¿Quién es? Le conoceré
tal vez.

Rog. ¡O! no me interesa
casi nada; y luego ¿cómo
es posible que tú sepas
entre diversos?... Su nombre
es Jacinto de Contreras.

Laura. Le conozco.

Rog. ¿Le conoces?

Laura. Sí señor.

Rog. ¿De qué manera?

Laura. Por su virtud. Un acaso,
ó mas bien la providencia,
le traxo á mi casa á tiempo
que el dolor y la miseria
nos cercaba. Su bondad
nos salvó; la menor deuda
fué la vida de mi padre:
á él se la debí. ¡Ah! sus prendas,

dignas de mejor fortuna,
 el afecto le grangean
 de todos: honrado, justo,
 sencillo...

Roq. ¡Vaya! esas señas
 son de otro. Si el que yo digo
 tiene el alma mas perversa.
 En nada absolutamente,
 en nada éste se asemeja
 al que dices. Ha cubierto
 á su familia de afrenta:
 se huyó, sentó luego plaza;
 y al último, para enmienda,
 se ha casado allá en tu pueblo
 con una vil mugerzuela,
 incógnita, desastrada;
 en fin, una aventureta.

Laura. ¡Ah! no lo creáis: es falso;
 es falso, señor. Contreras
 se casó; pero su esposa,
 desde su infancia primera,
 aprendió virtud, y siempre
 en su pecho la conserva;
 inocente en sus acciones,
 cándida, dulce y modesta.

Se enamoró de un soldado,
 es verdad: ¿y qué, si él era
 digno de su amor? Sus padres
 bendixéron con inmensa
 alegría su eleccion:
 desde entónces en pobreza
 han vivido; pero siendo
 exemplo de una perfecta
 y santa union... ¡Almas viles!
 ¿en qué pudo su inocencia
 ofenderos?...

oq. Pero, Laura:
 ¿qué es esto? ¿por qué te empeñas
 en defenderla?

aura. ¡Ay señor!... *Con entusiasmo.*
 yo me defiendo á mí mesma.

oq. ¡Qué! ¿serás tú?...

Se arroja á sus pies llorando.

aura. Sí: yo soy
 vuestra desgraciada nuera;
 perdonad: ¡para callar
 me faltó la resistencia!

oq. ¡Buen Dios! ¡es posible! ¡Laura!

aura. Sí señor: ved aquí llena
 de desconsuelo á la esposa

de vuestro Jacinto; vedla
 implorar vuestra piedad,
 por el infeliz, que fuera
 víctima de la perfidia.

La levanta.

Rog. Alza, hija mia: no temas.

Laura siempre es á mis ojos
 amable; pero no creas
 que por eso Jacinto es
 ménos culpable. Tú inténtas
 disimular sus errores
 conmigo, porque eres buena
 esposa. Sí: tu candor
 desde ahora te liberta
 de su odiosa compañía;
 mas él...

Laura. ¡Ah! romped la niebla
 que os encubre sus virtudes,
 y perdonadle en su ausencia
 hasta que le conozcais.

Rog. ¡Conocerle! Nunca sea.

Yo sé bien que habrás venido,
 porque su maldad te era
 insoportable; y sin duda
 á ver si viéndote puesta

baxo mi amparo, cedia
y lográbamos su enmienda.

Te ampararé; sí: te ofrezco...

Laura. ¡ Ah, padre mio! que os ciega
el error. Jacinto es digno
de vuestro amor y terneza.
Tambien vos mismo ultrajabais
engañado la inocencia
de su esposa: vuestro hijo
ha sido tambien, qual ella,
acusado injustamente.

Roq. En quanto á tí no se niega;
pero de él he tenido
datos de mucha certeza.

En fin, yo me informaré...

Laura. Escuchadme ántes siquiera.

Roq. Luego hablarémos. Ahora
conviene no dar sospechas
á la familia. Hablarémos:
me dirás quanto tú quieras;
pero, hija mia, te encargo
que guardes silencio: es fuerza
disimular. Solamente
voy á decir que mi nuera
eres, á Doña Felisa.

Se ha de alegrar, que es muy buena.

A Dios.

Laura. Mirad que impaciente

ya mi corazón desea

desahogarse en vuestro seno.

Rog. Volveré. ¡Qué alma tan bella! *Vase.*

SCENA II.

Laura, Jacinto, y despues Jorge.

Jac. ¡Esposa mia!

Se abrazan.

Laura. ¡Jacinto!

Jorge. Vamos, no háy que andar en fiestas:

se lo va á contar al ama,

y levantará una gresca

de mil diantres. Mejor es,

que aquí vm. no se detenga.

Jac. Sí, mi bien: retírate

á tu quarto ántes que venga.

Laura. Dios vela sobre nosotros.

Ya yo triunfé: nada temas.

Vase.

Jorge. Pues ahora voy á hacer

lo que dixé á vm. Es fuerza

indisponer á Madama,

y al Ambrosio con cautela.

Voy á buscarle, y decirle
que su amada compañera
le está burlando, y dirige
entretanto sus ideas
á enganchar al amo.

Tac. ¡O! no.

De ese modo manifiestas
mi secreto.

Torge. ¡Qué reparo!

Es lícito encender guerra
entre enemigos comunes.

Ambrosio apénas lo sepa,
se enfurece con Madama:

todo será gritos, quejas,
amenazas... Es un gusto

el presenciar la contienda
de dos malvados. Sin eso,

¿quándo los buenos pudieran
sosegar? Voy, voy allá.

Vase.

Tac. De la amistad verdadera
he aquí un exemplo. Los malos
tal vez cómplices encuentran;
pero amigos solamente
permite el cielo que sean
los buenos.

SCENA III.

Jacinto, y Doña Felisa muy acelerada.

Fel. ¡Ah! ¡Cárlos, Cárlos!...

¿no sabes ya... (yo estoy muerta)...
la novedad?...

Jac. ¿Cuál, señora?...

Fel. Que Laura, amigo, es su nuera:
se le ha descubierto.

Jac. ¿Cómo?

Fel. ¡O! la noticia es bien cierta.

Jac. ¿Pues quién pudo?...

Fel. El amo mismo
me lo ha dicho.

Jac. ¿Con que es esa
la muger del hijo?

Fel. ¡Ay! sí.

No eran vanas mis sospechas;
mi corazon no es traidor:

¡si desde la vez primera
me disgustó! Mira tú,

quando mi dicha se acerca,
¡aparecerse! ¡frustrar
todo mi afan y cautela!

Amigo, ya es necesario
irme yo, si Laura queda.

c. ¿Pero teméis?...

L. Tú también

saldrás. Es preciso tengas,
siendo el privado, la suerte
que á tu protectora espera.

c. En verdad yo sentiré
mi desgracia por la vuestra.

L. Mas aun podemos hacer
de modo que salga ella,
y nosotros nos quedemos.

c. ¿Salir ella?

L. Sí.

c. ¿No os cuesta

repugnancia?

L. Hay un arbitrio,
que es sostener, y dar pruebas
de que no es muger del hijo.

Aparte.

¡O Dios! ¡qué maldad! ¡qué negra
traición! ¿Mas cómo, señora?

Tengo la trama dispuesta,
me ha de servir el mismo
acanto.

Jac. De qué manera?

Fel. Viniendo una carta suya
en que dé á entender que en Cuellar
está su esposa.

Jac. ¡Qué he oído? *Aparte.*

¡cielos!... ¿quereis contrahacerla?

Fel. ¡O! no: que entónces sería
una impostura tremenda.

¿Cómo habia de atreverme
á cometer tal vileza?

Y sobre todo, que el amo
conoce muy bien la letra.

Eso no, amigo. Ya sabes
que en mi poder se conservan
muchas cartas de Jacinto...

Jac. ¿Y bien?

Fel. Nos sirve una de ellas.

Jac. ¿Y la fecha?

Fel. Se le muda.

Ambrosio luego aparenta
haber estado con Torres,
de quien ella traxo esquila,
y con una relacion
bien estudiada y compuesta,
dará principio al ardid:

yo mostrando resistencia
 á creerle, al mismo tiempo
 le apoyo con sutileza:
 en esto viene la carta,
 y ya es la victoria nuestra.

¿Qué tal?

ac. ¿Y si ella quizá,
 al amo entónces presenta
 sus documentos?...

L. ¡O! no:

libre está de que él la vea.

c. ¿Estais segura?

L. Lo estoy,

como tú me favorezcas.

El amo queda á mi cargo,

al de Don Ambrosio: y miéntras

él, para que ella no entre,

me cuidarás de entretenerla.

c. Me agrada el encargo. Ofrezco

no separarme de ella.

L. Amigo, aquí viene el amo.

c. Todo mi talento apénas

me basta para fingir.

L. ¡Vete ya, y no pierdas

tiempo.

Jac. En breve, señora,
vais á quedar satisfecha.

Vase.

SCENA IV.

Felisa, y D. Roque profundamente pensati

Fel. ¿Parece, señor, que estais
conmovido? ¿qué os altera?

Roq. Es natural.

Fel. Cierto. ¿Y dónde
está?...

Roq. Me parece queda
en su quarto. Mas señora,
decid, ¿no es amable?

Fel. Es bella,
es excelente.

Roq. Al principio
os engañó.

Fel. ¿Quién lo niega?
Ahora que la conozco,
cierto que me da vergüenza.
A la primer vista siempre
se juzga con ligereza.

Roq. ¿Si nos habrá sucedido,
y mucho mas en la ausencia,
otro tanto con Jacinto?

Fel. ¡Ay, señor! ¡qué diferencia!
 ¡oxalá no nos sobraran
 en contra de él tantas pruebas!
 Sus cartas...

Roq. Sí: ya lo sé.

Con todo, en sus vicios ella
 no tiene parte.

Fel. Ninguna.

Eso es juzgar con prudencia,
 sin confundir al iniquo
 con el bueno.

Roq. Sí: es muy buena:

tan modesta, tan humilde...

Fel. Y aquel ayre que interesa
 desde luego. Bien que á mí
 me basta ser cosa vuestra
 para amarla.

Roq. ¡Qué bondad!

Fel. ¡O! mi pecho solo anhela
 vuestra dicha.

Roq. ¡Qué muger!...

¿Pero Ambrosio tan de priesa?...

¿qué querrá?

Fel. Como acostumbra,
 será alguna vagatela.

SCENA V.

Dichos, y D. Ambrosio muy apresurado, aparentando una gran sorpresa y turbacion.

Roq. ¿Qué es eso?

Ambr. ¡Ay, señor! estoy

de cólera y de vergüenza...

¡Qué infamia! Me han engañado...

¡Válgame Dios!... y qualquiera

se engañaría... Esta Laura,

que entró aquí por mi imprudencia...

Fel. Vamos, ya sé lo que quiere decir...

Ambr. ¡O! ¡nadie lo acierta!

Fel. Y en verdad que no es motivo para que vm. forme queja.

Ambr. ¡Voto va!... ¿Con que el saber?...

Fel. ¿El qué? que Laura es la nuera del amo...

Ambr. ¡Todo al contrario!

Señora, ni lo es, ni sueña en serlo.

Roq. ¿Qué no?...

Atónito.

Ambr. Lo dicho.

Es una muger de aquellas,
que abundan tanto en el mundo.

Ahora me encontré á la puerta
á mi amigo, que venía
á avisarme á toda priesa
que le habian engañado
tambien, por no conocerla.

Volviendo siempre á mirar á Don Roque.

Fel. ¡Vaya! no creo...

Ambr. ¡Señora!

Oígame, y tenga pácienza.

Roq. Será algun cuento.

Ambr. No es tal.

Escuchen vms. Ella
estuvo en Cuellar, y supo
que Jacinto tiene en esta
corte un pariente que dicen
ser rico: toma las señas,
indaga las circunstancias,
viene luego, y se presenta
fingiendo ser muger suya.
Este es el caso á la letra.

Roq. ¿Qué dices, hombre?

Fel. ¡Es posible!

Roq. ¡Vaya! ¡No dudes, intentan

halucinarnos, Ambrosio!

Aquel candor que demuestra...

Ambr. ¿El candor? ¡Ay, señor mio!

¡fue vm. en apariencias.

La tal niña sabe hacer

qualquier papel con destreza.

Conoció el genio de vm.,

y hétela al instante vuelta

una santa. Don Anselmo

me informó bien de sus tretas

y artificios.

Fel. ¡Pero qué!

¡fingir aquella modestia!...

Lo que sí tengo observado,

que á Jacinto no le mienta.

Roq. Si yo se lo he prohibido.

Ambr. ¿Y si su marido fuera,

lo cumpliria?

Fel. Es verdad.

Mostrar tanta indiferencia

no era fácil. Ahora bien:

¿y dónde el marido queda?

Ambr. Esa es otra.

Roq. ¿Qué sabemos?

Puede ser que no se atreva...

Ambr. ¡No atreverse!

Fel. Sí... ya, viendo
el favor que la dispensa
vm...

Roq. Pero su esperanza,
(yo pierdo el juicio) ¿quál era?
pues al fin tarde ó temprano
debía ser descubierta.

Ambr. ¿Quál era? estafarle á vm.,
y despues tomar soleta.

Fel. Hasta ahora no tenemos
mas que presuncion.

Roq. Y es fuerza
aclararlo; es menester...

Ambr. Despedirla.

Fel. ¡O no! prudencia.
Sin escucharle primero
á ninguno se condena.

¿No es verdad? *A Don Roque.*

Roq. Cierto que sí.

Llamarla á ver su respuesta.

Fel. Es así... ¿pero quién viene? *Levantándose.*

SCENA VI.

Dichos, y Julianito con una carta, que entrega á Doña Felisa.

Jul. Señorá, esta carta...

Fel. Venga.

Pues de Cuellar es el sello.

Roq. ¿Qué dice vm.? Puede que ésta nos sirva... ¡pluguiera al cielo!

¡Si Jacinto!... ¿pero en ella qué dirá?

Fel. ¿Qué quiere vm.

que diga? Mil insolencias.

En el lugar de vm. yo,

la verdad, no la leyera.

Roq. Sí: puede ser que nos saque de dudas.

Se la entrega, y Don Roque lee para sí.

Fel. Pues bien, leedla.

Roq. ¡Válgame Dios! Yo no entiendo este language: me llena de confusion.

Fel. ¿Pues qué dice?

Roq. Es preciso la sorpresa

á vm. Dice de este modo.

*En tono de lectura la prosa señalada
con comas.*

“ Amado padre...

¡ah! ¡que aunque tarde, se acuerda
al fin de tan dulce nombre!

Después de haberos escrito veinte cartas, to-
davía me atrevo á repetiros la memoria de
vuestro hijo.

¿Qué veinte cartas son éstas?

¿señora? ¿quándo escribió?...

L. Yo no entiendo quáles sean:

tres solas se han recibido;

bien lo sabe vm.

q. ¡Qué idéa!

L. Pero siga vm. leyendo,

porque eso nada interesa.

q. « Laura, mi querida Laura, es quien me aní-
ma á implorar de nuevo vuestra piedad. Ella

baña con su llanto estos rasgos, dirigidos á un

padre benigno. No desecheis, señor, su ruego.

Se halla enferma sin poder salir de nuestro po-
bre alvergue; y estas palabras, que me dicta,

son hijas de su inocencia y su candor. Quiera

el cielo que la cumplan su deseo de estrechar-

„se en vuestro seno paternal, juntamente c
 „vuestro desgraciado hijo.

„Jacinto Contreras.”

Lo que admiro en esta carta,
 que es en todo muy diversa
 de las demas.

Fel. No señor :

ahora no se detenga
 vm. en eso. Otra cosa
 es la que á mí mas me lleva
 la atencion. Ahora sí
 que confirmo mis sospechas.
 ¿ No dice que Laura está
 sin salir de casa, enferma,
 que es quien le dicta la carta,
 y que la baña con tiernas
 lágrimas? Pues ya la trama
 de esta otra es manifiesta:
 no queda duda.

Ambr. En efecto:

es clara la consecuencia.

Me alegro que haya un testigo
 tan fuerte , para que vean
 que quando hablo... ¡pero qué!
 si yo tenia evidencia...

Don Anselmo...

Con mucho sentimiento.

¡Infeliz!

me ha engañado!

¡Qué perversa!

¡Vamos, señor: á no verlo,

un poco yo lo creyera.

¡Infame! Es una maldad

horrible. Mas no se pierda

tiempo; voy al instante

despedirla. Pudiera

esta muger de esa clase

causarnos mil penas

en un minuto: ¿quién sabe?

Hasta salir de la puerta

ella me he de perder de vista.

Voy allá.

No, Ambrosio, espera.

Quiero verla, y despedirla

yo mismo. Dila que venga.

¿Cómo? ¿vm.? ¡qué disparate!

Sí, yo mismo. Quiero hacerla

confesar, é intimidarla,

para que si acaso intenta

ganar en otra parte...

Fel. ¡Ah! no piense vm. en verla.

Nada ménos. La tal niña
 desconoce la vergüenza,
 y léjos de producir
 un espíritu de enmienda
 los consejos, al contrario,
 viéndose ya descubierta,
 Dios sabe lo que diria:
 ¡Jesus! ¡y una alma tan tierna
 como la de vm.!... ¡si yo
 es imposible pudiera
 contenerme! ya se vé;
 para un corazon que sea
 sensible, hallarse engañado
 es la pena mas acerba.
 No, amo mio; esa traidora
 conviene desaparezca
 al momento. Echela vm.,
 Ambrosio, ántes que anochezca,
 sin escándalo ni ruido.

Ambr. Bien, bien. De esa diligencia
 me encargo yo; ¿pero á qué
 quiere vm. que se suspenda
 hasta la noche? Ahora mismo
 la recitaré mi arenga.

Sin tratarla mal.

¡O! no;

hablarla con aspereza.

e se vaya.

. Verá vm.

pronto libres nos dexa.

S C E N A V I I.

Dichos y Jacinto.

*Á salir Ambrosio, Jacinto se presenta,
e detiene: al oírle manifiestan todos
grande sorpresa.*

suspenda vm., le suplico,
instante la sentencia.

Pues cómo?...

Escuchad, señor.

ha confiado sus idéas

a Felisa, y conviene

raros quanto sepa.

Y qué significa?.. Cárlos.

ventura se opusiera?...

: se opone á la injusticia.

verdad que hable le ordena:

justo que por vm.

mas la inocencia padezca.

Fel. ¡He! ya infiero todo el caso.

Laura tiene gentileza,
es jóven, le ha enamorado,
y por eso se interesa
en su favor.

Ambr. Y no hay duda:

Doña Felisa lo acierta:
está patente el secreto.

Roq. No. Justo es que se le atienda.

Cárlos es hombre de bien.

Jac. ¡Ah, señor!... Si vm. no lleva

á mal contestarme... *A Doña Felis*

Fel. ¿A qué?

Jac. Perdonad mi impertinencia.

¿Decís que Jacinto ha escrito
una carta?

Fel. Sí: por señas
que ese sello... y sobre todo
el que conozca su letra
podrá afirmar...

Jac. Pues sabed

que ni él ha escrito de Cuellar,
ni ya está allí; no señora.

Está en la casa paterna.

ha mucho tiempo. Por fin,
de una vez quede deshecha
vuestra intriga : soy yo mismo.

*ada uno debe manifestar diferente pasion , y en
situacion debe descubrirse la confusion , la ad-
racion , &c. El estudio de los actores vale
mas que todas las advertencias que pudie-
ran hacerse.*

l. ¡ O cielos !

abr. ¡ Posible fuera !

q. ¡ Qué ! ¿ Carlos será ? .. ¡ buen Dios !

A Don Roque con ternura.

c. Víctima fuí de la negra
perfidia de estos malvados.

Por ellos en la miseria
siempre he vivido : por ellos
incógnito en la presencia
de mi padre quise dar
a conocer mi inocencia.

br. ¡ Qué patrañas ! ¡ Vaya ! todos
han perdido la chaveta.

*. Esperad. Yo mostraré
testimonios que os convenzan.*

*Saca una cartera , y de ella los papeles
que expresa.*

Fuí soldado ; y ahí teneis,
 padre mio , la licencia,
 y una certificacion,
 que mi conducta comprueba
 durante el servicio. Pero
 ¡quán distintos , señor , eran
 los informes de estos viles!...
 Aquí está la fé de muerta
 mi madre , que al fallecer
 me encargó á vm. como prenda

A Doña Felisa.

de sus amores : mi fé
 de bautismo ; y en fin , estas
 cartas , en que esa muger
 me manda no comparezca
 en Madrid , y me prohíbe
 que nunca á escribiros vuelva,
 y... qué se yo... Sí señora
 reconozca vm. la letra.

Presentándoselas á Doña Felisa.

Ved como logró despues
 el reducirme á la extrema
 necesidad de seguir
 la milicia. Aquí lo expresa
 esta razon del dinero

que me daba de asistencias.

Don Roque habrá ido leyendo de paso todos los papeles. Unas veces manifiesta la mayor confusión: otras compasión: echará algunas miradas indignacion, é ira á Doña Felisa y Ambrosio, y queda luego sumamente agitado *fixos los ojos en Jacinto.*

Qué mas, señor?... pero ¡qué!...

Desechad todas las pruebas

que presento: oid tan solo

las inspiraciones tiernas

de la sangre: oid á vuestro

corazon: él os revela:

proclama que es vuestro hijo

que con su llanto riega

vuestras plantas.

Se arroja á sus pies, y Don Roque le levanta

después de una breve pausa, y le abraza llo-

roroso. Así permanecen hasta que sale Laura.

Sí, hijo mio.

SCENA VIII.

Los mismos y Jorge.

Y si alguna duda queda,

quedo ser buen testigo,

que desde su edad primera
le conozco. Sí señores:

A Ambrosio y Felisa.

ya no me muerdo la lengua:

la verdad es una : ello

me explicaré con rudeza;

pero quanto yo dixere

es la verdad pura y neta.

Viendo á Laura á la puerta.

¡Eh! Salga vm. , señorita,

que ya no hay nadie que pueda

estorbaros el llegar.

SCENA IX.

Los dichos y Laura.

*Sale precipitada á echarse á los pies de Don
que , y éste se lo impide.*

Laura. ¡Ah! ¡padre mio , clemencia!

Roq. ¿Qué dices? ¡Laura! ¡Jacinto!
perdonad tantas ofensas,

que un error...

Jac. ¡Ah! no señor.

Este momento compensa
todos los males pasados;

Y ya su memoria aumenta
nuestro placer.

Con indignacion á Doña Felisa y Ambrosio.

¡Huyan léjos
al punto de mi presencia,
ó mi cólera...

Jura. Tened.

cc. Sosegaos : ellos llevan
el castigo mas cruel,
mas atroz , en su conciencia.

¡Corazones insensibles!
Tanta fué vuestra dureza,
que cifrabais vuestra dicha
en las desgracias ajenas ?
en hacer desventurada
esta familia?... ¡Me llena
de horror ! Ni sé donde estoy.

Parece que de una inmensa
oscuridad he salido
para gozar una nueva luz.

¡Ah ! ¡yo no puedo explicar
el placer que experimenta
mi corazón!... ¡Pero qué!...

A Doña Felisa y Ambrosio.

¿davía?... ¿acaso intentan
debar?...

Fel. No tema vm.

Aunque un reyno me valiera,
no me quedára. Yo voy
en mi interior satisfecha.

Sé que mi único delito
ha sido haber dado rienda
á una pasion , que... por fin,
puede que vm. se arrepienta,
y bien pronto ; pero no,
no espere vm. que yo vuelva.
Ahí tiene vm. sus hijitos,
que premiarán su terneza.

Roq. ¡ Infame !

Jorg. ¡ Gran mogigata !

A Ambrosio en ademán de irse.

Fel. Vámonos. Vm. ¿ qué espera ?

Ambr. ¿ Qué espero ? Que vm. se aparte
de mi vista. Si no hubiera
creído yo á sus engaños,
tal vez mas aprecio hicieran...

Jorg. ¡ Sí ! Que el mancebo por sí
tiene las mejores prendas...

Váyanse al punto , y ajusten
allá en la calle sus cuentas.

Los echa.

Gracias á Dios que quedó

por los buenos la pelea.

Rog. ¡Y yo pude tanto tiempo
darles crédito en ofensa
de dos almas inocentes!...

¡Hijos! perdonad mi ciega
obstinacion.

Ac. ¡Oh! no hablémos
de nuestrás antiguas penas.

Hemos padecido, sí;
pero ¿por ventura erais
vos feliz?

Laura. ¿Y quién, señor,
en tan dulce instante piensa
en una imágen?...

q. ¡Ay Laura!

Este instante me recuerda
mis errores. Abracé

le la virtud mas perfecta
el estado; pero ¡ay triste!

mi juventud inexperta

o por ella le abrazó!

quán venturoso viviera,

hubiese sido virtuoso

en el celibato! ¡siquiera

hubiese una vez vencido

el error la densa niebla

que ofuscaba mis sentidos!
 ¡ y condescendido hubiera
 con los deseos sinceros
 de tu buena madre!... / Eterna
 hubiera sido la dicha,
 que ya tarde lisonjea
 mi vejez.

Jac. No mas , señor.

¿ Qué satisfaccion mas plena
 que ese reconocimiento
 de vuestra antigua flaqueza?
 Pero á otra cosa : han venido
 unos niños que contestan
 ser parientes , y se hallan
 pobres.

Roq. ¿ Y por qué no llegan ?

Jorg. Los echó Doña Felisa
 noramala.

Roq. ¡ La perversa !

Jorg. Mas Don Jacinto me dixo
 que les pidiera las señas
 de su posada...

Jac. Y espero
 que socorrais su indigencia.

Roq. Sí : ~~de~~ hoy mas dedicaré
 los pocos dias que me restan

de vida á hacer todo el bien,
que libre un tiempo pudiera
haber hecho. Desde ahora
ya es tuya toda mi hacienda.

Jac. Y Jorge, mi buen amigo...

Jrg. ¿Qué va que vm. me avergüenza?

Jac. ¿Cómo podremos pagarte
de nuestra dicha la deuda?

Jrg. ¿A mí? Si lo que he hecho yo
vamos! lo haria qualquiera.

Jac. Así tambien yo la mia
deberé. Tú le premia
como merece. ¡Hijos mios!
por qué siempre no resuena
en mi oido el grato nombre
de padre?

Jrg. No os cause pena;
si le agrada, dirémos
al padre á boca llena.

Jra y Jac. ¡Padre amado!
¡Hijos del alma!

Nada á mi pecho queda
de desear, sino que en mí
jóven incauto aprenda.
El triste del que injustamente
el himeneo detesta!

¡y triste del libertino
que profanando la senda
de la mas pura virtud,
la corrupcion busca en ella!

F. I. N.